GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.

Editor propietario M. P. Delgado.

CALLE DE JESUS Y MARIA, n.º 4.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA, *publicadas hasta 1.º de Enero de 1876.*

Abadía de Castro.—Abuelito —Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errando Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candilazo Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecho.— fonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—Aman de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo criado.—Ar demadre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor venga agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de Cal ron.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.—Arte hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde o mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por el emple Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acuerdo municipal.— dujar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza —Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara Bl berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.— tuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas del razon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual con su zon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. Pabl Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos V en frin —Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á m noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualidades.— talina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos.—Celo fundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionario.— bradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío erran Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julian.— juracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebol Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª parte.—(del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la lealt Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—Cruz de oro.—Cuan acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amig Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja de plata.—Corazon y el ro.—Celos de Mateo, *zarzuela.*—Calderon.—Carta y guarda pelo.—Cenicienta.—Cerr Ubeda.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.—Clavo ardiendo.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desc do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—D Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alvaro d na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.— Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Ju norio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.— Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María de na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.—Do tores —Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres para u ja.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Dum compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—Dios (sin palo.—Duende del meson, *zarzuela.*—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—En Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—I ra de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodi Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sol do.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.— pidez y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y en la Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.—Es de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapuchado.— dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.— tico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad —Felipe.—Felipe el Hermoso.—F Mairena.—Fernan-Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan-Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra de Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fr de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.— eranza y osadía.

LAS MEMORIAS DEL DIABLO.

COMEDIA EN TRES ACTOS

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
ROBERTO.	*Don Julian Romea.*
EL MARQUES DE LORIA. . .	*Don Lázaro Perez.*
EL VIZCONDE DE LA RAPINIERE.	*Don Luis Fabiani.*
EL CONDE DE CERNIN. . . .	*Don Pedro Sobrado.*
JUAN GAUTHIER.	*Don Antonio de Guzman.*
VALENTIN.	*Don Mariano Fernandez.*
LA BARONESA DE RONQUEROLLES.	*Doña María Córdoba.*
MARÍA.	*Doña Matilde Diez.*
LA CONDESA DE CERNIN. . .	*Doña Carmen Corcuera.*
VIVIANA.	*Doña Gerónima Llorente.*



El primero y tercer acto pasan en el castillo de Ronquerolles, y el segundo en París.



Acto primero.

El teatro representa lo interior de una granja en los Pirineos. Puertas laterales: puerta y ventanas en el fondo, por las cuales se ven las montañas. A la izquierda el hogar á la altura del piso, con su gran chimenea: cerca de él una mesita rústica. Delante de la puerta lateral de la derecha hay una maleta en el suelo, y otra á la izquierda: en la mesa una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

VIVIANA. VALENTIN. *Luego* JUAN GAUTHIER.

Viviana. (*Llamando por la puerta del foro.*) Eh! buen hombre!

Valentin. A quién llamais, señora Viviana?

Viviana. A Juan Gauthier, alias el idiota, el albañil del castillo, que está alli plantado en el camino real, como si esperase á alguien.

Valentin. A estas horas...? verdad es que en el pais todos le tienen por hechicero.

Viviana. Vaya! si el pobre no habla dos palabras seguidas.

Valentin. Precisamente por eso.

(*Juan Gauthier aparece á la puerta del foro.*)

Viviana. Juan Gauthier... quereis ayudarnos á poner esas maletas en el carro que va á marchar á Tarbes?

Juan. Sí.

Valentin. Muy tardecillo se recoge hoy un hombre, señor Juan: venís de estar con los brujos?

Juan. No!

Valentin. Pues! no se le saca nunca mas palabra. (*Indi-*

cando la maleta de la izquierda.) Empecemos por esta, eh?

Juan. Sí. (*Carga con la maleta y se la lleva.*)

Viviana. Pues hace cuatro años no era asi: hablaba como todo el mundo; y luego, de repente... perdió el uso de la palabra. Sabeis cuando fué...? Os acordais de la noche que pasó en el castillo el baron de Ronquerolles...? pues al dia siguiente... desde aquel punto no ha vuelto á decir mas que *sí... no...* y todos en el pais le llaman el bobo, el idiota... A mí se me metió en la cabeza que ese hombre tenia algun secreto... y un dia que estaba componiendo el horno, le hice mil preguntas... pero por mas que traté de sonsacarle, nada..: *sí...!* *no...!* y de ahí no salia.

Valentin. Y no habeis reparado, señora Viviana, que siempre que llega alguno al castillo... anda él tan listo... tan entremetido...

Viviana. Esa es la prueba de que el infeliz se ha vuelto idiota.

Valentin. Es verdad. (*A Juan que sale.*) Señor Juan, dicen que vuestra muger os va á parir otro chico... cuántos van...? siete?

Juan. (*Con una sonrisa de malicia estúpida.*) Sí!

Viviana. Pero decid: no os incomoda tener tantos hijos?

Juan. (*Con la misma sonrisa pasando á la derecha.*) No...!

Viviana. Ay! pues á mí me fastidiaria...!

Valentin. Es elocuente el maldito! — Señora Viviana, vuelvo á mis trece... este hombre es brujo!

Viviana. Eh! Vos creeis todo lo que os dicen! Ayudadle!

Valentin. (*Ayudando á Juan á cargar la maleta de la derecha.*) Hup...! arriba! (*Juan se va con la maleta.*)

Viviana. Apuesto á que tambien habeis dado en creer esas necedades que cuentan acerca del castillo de Ronquerolles...? Ya, que hay alli escondido un tesoro... ya, que uno de los criados que sirven es el diablo... vaya, vaya...! la gente desocupada no sabe qué inventar... y en habiendo medrosos como vos... (*Aparece Juan Gauthier.*)

Valentin. Señor Juan, muchas gracias por el trabajo.

Viviana. (*Sacando una botella y echándole vino en un vaso.*) Señor Juan, vaya un trago: esto no lo despreciareis?

Juan. (*Alegre.*) No! (*Bebe.*)

Valentin. (*Aparte.*) Si pudieramos, haciéndole beber, sonsacarle algo... —Qué tal, señor Juan, es bueno ese vino?

Juan. (*Alegre.*) Sí!

Viviana. Vaya otro trago. (*Va á echarle.*)

Juan. (*Los mira, vuelve el vaso boca á bajo, y se va repentinamente.*) No!

ESCENA II.

VIVIANA. VALENTIN.

Valentin. Vaya un arranque! —En fin, ya, gracias á Dios, estan acomodadas las maletas en el carro, y pueden enganchar cuando quieran.

Viviana. Los caballos no han de venir hasta las doce.

Valentin. Pues yo quisiera no echar á andar hasta que amaneciese... porque habeis de saber, señora Viviana, que á las doce de la noche es cuando salen las brujas y los duendes... vaya...! y justamente hoy es sábado, que es el dia de sus ceremonias...

Viviana. Anda...! tambien sois vos de los que creen en esas cosas, señor Valentin?

Valentin. Y mucho que creo...! y si vos supierais lo que yo sé...

Viviana. Eh...! dejaos de tonterías...

Valentin. Señora Viviana...! cuando uno ha habitado, como yo, el castillo de Ronquerolles, durante ciento cincuenta y tres años...

Viviana. Cómo...?

Valentin. Es decir, de padres á hijos... tiene por fuerza que creerlo... porque es sabido que al presentarse un nuevo propietario á tomar posesion, se le aparece el diablo...

Viviana. Sí... cuando yo era chica... me acuerdo que me metian miedo con esos cuentos. Pero en tantos años como hace que habito esta granja, todavía el diablo no ha tenido por conveniente descolgarse por acá ni una sola vez... y se está muy tranquilo en el infierno, donde probablemente tendrá menos frio que aqui en los Pirineos.

Valentin. Chit...! Señora Viviana...! no os burleis de esas cosas, que son muy serias! —Si no ha venido por aqui el diablo hace mucho tiempo, consiste en que el último baron de Ronquerolles, era un general del imperio que

se casó en Alemania durante la guerra...

Viviana. Sí; pero ya sabeis que hace cuatro años vino á este pais, poco antes de su muerte, y pasó una noche en el castillo.

Valentin. Ya...! no estuvo mas que una noche... y puede que el diablo no lo supiera con tiempo...

Viviana. Tonto...! Con que, en fin, vos creéis en ese cuento?

Valentin. Cómo no lo he de creer, cuando no hay nadie en el pais que no lo sepa? Sí señora; asi que llega al castillo un nuevo propietario, el protector misterioso se presenta á tomar sus órdenes... y no creais que en figura de diablo... con sus cuernos y su... no señora... sino como persona humana, muy afable y muy guapo... Y en fin, aqui me teneis á mí, que he visto con mis ojos...

Viviana. Al diablo?

Valentin. No; pero sí la campanilla que sirve para llamarlo... es dorada... tiene por mango el busto de Satanás... y la cola es el badajo.

Viviana. Pues entonces, hay mas que no tocar la campanilla, y no se aparecerá?

Valentin. Ya...! pero es el caso que... no se sabe cómo... siempre hay alguien que la toca... y como yo soy de una pasta que no puedo sosegar ni pegar los ojos con esas brujerías, he resuelto marcharme del pais. Ademas que no tengo entrañas para abandonar á mi buena ama, cuando la veo echada del castillo por los parientes, despues de haber hecho declarar por los tribunales que no era muger lejítima del difunto baron de Ronquerolles.

Viviana. Ya, ya...! Y su pobre hija, la señorita María, se encuentra en el mundo sin medios y hasta sin nombre. Por mas que digan todos, y hasta los mismos tribunales, yo, señor Valentin, no puedo creer que una muger tan virtuosa como la señora baronesa no fuese lejítima esposa del señor baron de Ronquerolles...

Valentin. Chit...! aqui viene la señorita.

ESCENA III.

VIVIANA. MARÍA. VALENTIN.

María. Valentin, mamá me envia á preguntaros si está ya dispuesto el carruaje.

Valentin. (*Aparte.*) Carruaje...? pobre niña! —Señorita, el

carro está listo; pero los caballos de la granja no vendrán hasta las doce.

Maria. Dios mio! y faltan todavía tres horas...! No lo siento por mí, sino por mi madre, que padece tanto en estos sitios. Yo espero que al llegar á Alemania, nuestra patria, su corazon se tranquilizará y acabará por olvidar sus desgracias. Es cierto que nos cuesta lágrimas dejar la Francia, donde nació mi padre; pero ya que unos parientes crueles nos han quitado el honor y los bienes.. no hay otro remedio...!

Viviana. Ay! señorita María...! cuánto os echaremos de menos! Vos erais la alegría del pais... y la providencia de los pobres!

Maria. Mas digna de compasion es mi pobre madre... esa injusta sentencia la hubiera quitado la vida si yo no la hubiese consolado con mi cariño.

Viviana. Pero señorita, cómo es que vuestra madre no ha conservado ningun documento que probase su lejítimo casamiento con el señor baron?

Maria. Teneis razon! Pero cuando una vive feliz no se acuerda de nada... y ademas hay desgracias que es imposible prever... Mis padres se casaron en la villa de Hanan, cerca de Francfort... quién habia de pensar que la parroquia se incendiaría, y los libros y registros, donde estaba la partida de casamiento, perecerían en las llamas? Quién habiá de pensar tampoco que mi padre, sano y robusto, moriría casi de repente lejos de nosotros? Mientras vivió, todos los parientes nos colmaban de obsequios y atenciones; pero asi que hubo muerto, nos vimos abandonados, sin apoyo, sin proteccion, y nos pusieron ese pleito, con el cual nos lo han quitado todo... nuestro nombre y nuestros bienes. El marqués de Loria nos echó de nuestra casa en París, y tomó posesion de ella: entonces nos vinimos aquí al castillo de Ronquerolles; pero al saber que otro pariente, el vizconde de la Rapiniere, venia á tomar tambien posesion de esta propiedad, mi madre ha juzgado indecoroso esperarle... y por eso nos hemos refugiado en esta granja, y vamos á marchar en secreto, y á volvernos á Alemania.

Valentin. El vizconde de la Rapiniere está en el castillo...? Ay! si el diablo de Ronquerolles nos libertase de él, qué buen diablo sería!

Rapiniere. (*Dentro.*) Que espere aqui la berlina.

Maria. Alguien viene!

Valentin. (*Asomándose á la puerta.*) Pues...! en nombrando al ruin de Roma...! ahí está el vizconde de la Rapiniere en cuerpo y alma!

Maria. Hombre vil...! ah! evitemos que vea á mi madre! (*Vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

VIVIANA. RAPINIERE. JUAN. VALENTIN.

Viviana. El señor vizconde, tan tarde!

Rapiniere. Sí señora, yo soy...! pero qué énte es ese que me viene siguiendo desde que salí del castillo?

Viviana. Oh! no tengais cuidado...! es un pobre albañil, que ha perdido el juicio... le llaman el idiota. (*A Juan.*) Conoces tú al señor vizconde de la Rapiniere?

Juan. No.

Rapiniere. Parece como que aguardas que yo te dirija la palabra?

Juan. Sí.

Rapiniere. Ya entiendo: esperas una limosna?

Juan. No!

Rapiniere. Mejor! eres desinterado!—(*Juan se va.*) Viviana, no he querido marchar á París sin venir á la granja á probar ese queso que sabes tú hacer tan bueno.

Viviana. Quereis que os traiga uno?

Rapiniere. Sí, tráeme un par de ellos, y una botella de ese vinillo blanco... ya sabes cuál. (*Siéntase á la mesa.*)

Valentin. (*Aparte.*) Nunca piensa mas que en comer y beber...! viejo tragon!

Viviana. Voy á serviros, señor vizconde.

Rapiniere. Despacha... porque no pienso quedarme en el castillo: voy á dormir á Tarbes... y aun me faltan dos leguas.

Valentin. Apuesto á que el señor vizconde es como yo... tiene miedo al diablo de Ronquerolles.

Rapiniere. Hola...! eres tú, Valentin! Buenas cosas me han dicho de tí...! dejas el castillo por seguir á esa aventurera y á su hija?

Valentin. Por Dios, señor vizconde...! las señoras estan ahí..,

Rapiniere. Hola...! estan ahí...! y por qué estan ahí...? sepamos!

Valentin. Porque no se figuraban que vendriais á la granja; pero al momento se van á marchar.

Rapiniere. Ya puedes hacer de modo quo yo no las encuentre.—(*Vase Valentin.*) Soberbio queso...! (*Come y bebe.*) pues y el vinillo...! Has hecho muy mal, Viviana...! yo he venido aqui con toda confianza, y me espones á encontrarme de manos á boca con... (*Bebe.*) Cosa esquisita!—(*Come queso.*) Cuidado con ella...! si no obedeces ciegamente mis órdenes...—Qué sabor tan delicioso...!—no te renovaré el arriendo de la granja... (*Bebe.*) Qué aroma tiene el vinillo!

Viviana. La señora baronesa de Ronquerolles me ha llenado siempre de beneficios!

Rapiniere. Qué...! qué es eso...! Cuidado con llamarla asi: ella no es tal baronesa de Ronquerolles... los tribunales la han prohibido llevar ese título.

Viviana. Y cómo he de llamarla?

Rapiniere. Llámala la señora... la señora de... en fin, llámala como quieras, escepto baronesa de Ronquerolles... ese título no es suyo... los tribunales lo han declarado asi.

Viviana. Los tribunales dirán lo que quieran; pero aqui en el pais todo el mundo la llamará asi eternamente... Es una señora tan respetable...!

Rapiniere. Silencio, Viviana...! vas á hacer que se me indigeste el queso. Agradéceselo á él... que si no, te despedia de la granja... pero en gracia de tu habilidad, te renovaré el arriendo... cargándote mil francos.

Viviana. Cargándome mil francos... misericordia!

Rapiniere. Toma! no es justo que saque uno partido de sus propiedades? Siempre estais todos llorando miserias, y luego os enriqueceis mas que el propietario... nada! si tú no quieres, otro vendrá. Mil francos mas, ó busca otro acomodo para el año que viene.

Viviana. Jesus...! Jesus...!

Valentin. (*Saliendo.*) Señor vizconde; la señora baronesa de Ronquerolles...

Rapiniere. Aqui no hay baronesa de Ronquerolles!

Valentin. Pues bien: vuestra prima...

Rapiniere. Yo no tengo tal prima!

Valentin. En fin... la señora... ya sabeis...

Rapiniere. La señora ya sabeis...? vamos, qué quiere la señora ya sabeis?

Valentin. Quiere hablaros.

Rapiniere. No puedo... cuando estoy haciendo la digestion me hacen daño los ruegos y las lágrimas...

Viviana. Ella no ruega ni llora, señor vizconde... tiene demasiado orgullo por humillarse asi.

Rapiniere. Hola...! pues seguramente tiene en que fundar ese orgullo! — Vaya, si es cosa corta, consiento en oirla... que venga... Pero que no me salga con frases sentimentales...

Valentin. (*A la puerta de la derecha.*) Venid, señora, venid!

ESCENA V.

VALENTIN. MARÍA. LA BARONESA. RAPINIERE. VIVIANA.

Baronesa. Disimulad, vizconde, que os detenga un instante... He escrito varias cartas á París al marques de Loria, nuestro primo, sin haber merecido respuesta una sola vez; y como mi reclamacion es justa, vengo á suplicaros que os digneis recomendársela al señor marques.

Rapiniere. Y esa reclamacion, señora, á qué se reduce?

Baronesa. El baron de Ronquerolles me regaló su retrato al año de nuestro casamiento... prenda de amor tanto mas preciosa para mí, cuanto que la recibí el dia que nació mi hija. Deseosa de convertirlo en el objeto de mas valor de cuantos poseía, lo hice guarnecer con todos los diamantes que habia yo heredado de mi madre, y era la alhaja con que mi hija se adornaba. Cuando, á la pérdida del pleito, tuve que salir precipitadamente de París dejé olvidado el retrato en el gabinete de mi casa, que hoy habita el marques de Loria: olvido que nunca me podré perdonar! Como esa alhaja me pertenece esclusivamente, y es del mayor precio para mí, tanto por contener el retrato de mi esposo, como los diamantes de mi madre, depósitos ambos que debo transmitir á mi hija, me atrevo á esperar de vuestra justicia, vizconde, que tendreis á bien entregarme esa prenda, únicos bienes que me quedan!

Rapiniere. Señora... ciertamente, la cosa me parece plausible... pero sin embargo, reflexionad que no hay nada que

pruebe que esos diamantes no pertenezcan á la herencia del baron nuestro primo... y en cuanto al retrato... como la ley ha declarado terminantemente que el baron, nuestro primo, no era vuestro esposo...

Baronesa. Caballero...!

Rapiniere. Perdonad, señora... me hacen daño las emociones violentas... y ya que os empezais á acalorar... tengo el honor de saludaros con la consideracion posible. (*La saluda y se marcha diciendo á Viviana:*) Viviana, tus quesitos son escelentes!

ESCENA VI.

VALENTIN. MARÍA. LA BARONESA. VIVIANA.

Baronesa. Infame!

Maria. Serenaos, madre... ese hombre no es digno de vuestro enojo!

Baronesa. Sí... tienes razon, hija, tienes razon! mia es solamente la culpa, que dejé el retrato olvidado. Ah! tentaciones tengo de ir á París á reclamarlo yo misma... á quitárselo... á robárselo, si no me lo entregan de voluntad! — Infames! aun no estan contentos con haberme despojado de todo...! Dios mio! es cosa terrible...! cuando una ha sido toda su vida honrada, virtuosa... verse de repente privada de sus derechos, de su nombre... y hasta de la estimacion y respeto de los hombres!

Maria. Por Dios! madre...! me habeis ofrecido tener valor...! enjugad esas lágrimas... no os queda una hija que os sabrá consolar?

Baronesa. Sí, hija mia...! sí...! (*Abrazándola.*) Pues si no tuviera este consuelo, qué sería ya de mí! (*Oyense las campanillas de los caballos.*)

Valentin. Eh...! ya estan ahí los caballos.

Maria. Llegó el momento...! y no sé por qué, al despedirme para siempre de este pais, se me angustia el corazon... y esperimento una amargura...! (*Principios de tormenta: truenos y relámpagos lejanos que van acercándose apresuradamente.*)

Valentin. Calla, calla...! tenemos tormenta!

Viviana. Ay! señora...! creedme... creed á vuestra pobre Viviana... aguardad que amanezca para marchar!

Maria. Tiene razon, madre... aguardemos...!

Baronesa. No, no...! No quiero que la luz del dia me halle en el dominio de Ronquerolles... Valentin, yo lo mando... ya aqui no se me obedece...?

Valentin y *Viviana.* Señora...!

Valentin. Siempre...! Señora Baronesa...! siempre! (*Óyese un trueno muy fuerte: el huracan abre violentamente la puerta del foro. Roberto y Juan Gauthier aparecen por ella al resplandor de los relámpagos: Roberto entra de un salto.*)

ESCENA VII.

DICHOS. ROBERTO.

Roberto. (*Sacudiendo la capa en que viene embozado, que es negra forrada de carmesí.*) Horrorosa noche...! y no es mala dicha encontrar un asilo donde guarecerse! (*A Viviana.*) Buenas noches, amiga. (*Juan Gauthier desaparece. — Roberto repara en las señoras.*) Señoras...!

Viviana. Digo, eh! se entra asi de rondon en una granja, y á semejantes horas?

Roberto. Para mí, las granjas, los castillos... la noche, el dia... todo es igual... yo entro en todas partes.

Baronesa. Qué hombre es este, que habla con tal resolucion?

Valentin. Ay! Si será el diablo de Ronquerolles!

Maria. (*A Viviana.*) Viviana... sabes que es buen mozo!

Viviana. Me temo que sea algun ladron!

Maria. No tal...! mira qué fisonomía tiene de bondad y de honradez!

Roberto. (*Quitándose la capa.*) Con vuestro permiso... está calada... (*La cuelga en una silla junto al hogar.*) y yo rendido...! Cuatro leguas á pié por medio de las montañas... con acompañamiento de truenos y aguacero. Solo despues de pasar por ello se llega á apreciar debidamente lo que vale un buen asilo y una amable hospitalidad. (*Toma una silla, se sienta frente al hogar, y atiza el fuego.*) Qué hermosa lumbre...! me consuela ver esa llama!

Valentin. (*Alejándose de él con miedo.*) Pues! le gusta la llama...! — Ave María Purísima!

Roberto. Pero aqui hay sitio para todos... (*Retirando la silla.*) Tendré la desgracia de asustar á estas señoras?

Baronesa. En verdad, caballero, que vuestra inesperada aparicion...

Roberto. (*Levantándose.*) Tranquilizaos, señora; y pensad únicamente en vencer la tirania de vuestros parientes, con el auxilio de alguno que vela por vos.

Baronesa. Y ese alguno...

Roberto. Ese alguno... puede muy bien que sea el diablo... pero no importa... hágase el milagro... y...

Baronesa. Visita mas estraña...!

Roberto. (*Soplando el fuego.*) Cuando se haya pasado el miedo, hablaremos como buenos amigos. Entre tanto voy, con vuestro permiso, á calentarme un poco... porque, francamente, hace aqui mas frio... que en mi casa.

Valentin. (*Aparte.*) Yo lo creo...! Ave María Purísima!

Roberto. Huéspeda, echad aqui un par de leños, si sois servida.... No me vendrá mal á mí... ni tampoco á esta señorita... que está temblando...

Maria. No es de frio! (*Viviana va fuera por los leños.*)

Baronesa. Ciertamente, caballero, que...

Roberto. (*Levantándose, y poniéndose á calentarse de espaldas al hogar.*) Os ruego, señora, que disimuleis mis modales, un tanto abiertos: hasta ahora, la verdad sea dicha, no me he rozado con gentes de vuestra calidad... Yo he tenido allá mis amigos... mis camaradas... de bien diversa estofa... pero puedo aseguraros que soy un pobre diablo...

Valentin. (*Aparte.*) Qué tal!

Roberto. Y que jamás he hecho daño á nadie... Lejos de eso... puedo gloriarme de que vengo á haceros mucho bien.

Baronesa. Vos, caballero! (*Sale Viviana, echa los leños en el fuego, y se pone á hilar.*)

Roberto. Hola! hace un instante que os causaba miedo... ahora os causo asombro... eso me lisonjea mas. Sin duda os habreis figurado que soy un viajero sorprendido por la tormenta, que ha tenido que suspender su camino y refugiarse aqui á descansar y enjugarse un poco; y que tan luego como la lluvia y el viento hayan cesado, continuará su viaje. Pues nada de eso: yo no he entrado por casualidad en esta granja: venia directamente á ella... y en busca vuestra.

Baronesa. Pero quién sois, decidme!

Roberto. Si os lo dijera, señora, no tendriais la menor confianza en mí... y para seros útil, necesito que me dispenseis una ciega confianza.

Baronesa. Y eso, cómo es posible, á primera vista...?

Roberto. Y qué arriesga en ello quien, como vos, señora, no tiene ya nada que perder, y se encuentra con uno que, como yo, le ofrece mucho que ganar?

Baronesa. Mucho que ganar ?

Roberto. Todo.

Baronesa. Todo...! será acaso el pleito?

Roberto. Eso no, señora... porque lo habeis perdido ya en última instancia. Pero yo tengo otros medios de serviros... medios esclusivamente mios.

Valentin. (*Aparte.*) Vamos! es el diablo protector del castillo.

Viviana. (*Aparte á Valentin.*) Volvemos á los miedos!

Valentin. (*Aparte á Viviana.*) Oh! vos sois un Napoleon!

Maria. (*Aparte á la Baronesa.*) Pues yo, madre, no se por qué, pero creo que ese jóven merece toda la confianza que reclama.

Baronesa. Pero no es cosa de fiarse asi del primero que llega! — Caballero, disimulad, pero necesito marchar ahora mismo: quedad con Dios... vamos, María...

Roberto. (*Deteniéndola.*) No, señora... nada de marchar. Precisamente vengo yo de muy lejos y á toda prisa para impedir esta marcha. — No penseis en poneros en camino... hay mil razones para ello... en primer lugar la tormenta... hace una noche infernal...!

Valentin. (*Aparte.*) Siempre la palabrita...!

Roberto. No se ve el camino... ni sabe uno dónde pone el pié... Como que aun andaria yo perdido por las gargantas de esos montes, á no ser por una especie de albañil que me guió á esta granja, respondiendo á mis preguntas de la manera mas lacónica del mundo.

Maria. Diciendo solamente *sí* y *no*... es el señor Juan Gauthier, que vino siguiendo nuestro carruaje desde el castillo... pobre Juan!

Roberto. (*Acercándose á la Baronesa.*) Gracias á él, he llegado á tiempo, y vengo á deciros, señora, que la mansion donde deben habitar la baronesa y su amable hija es el castillo de Ronquerolles.

Baronesa. Pero vos, caballero, ignorais sin duda que le he perdido?

Roberto. No señora, no lo ignoro: si no lo hubierais perdido, no os lo vendria yo á restituir.

Baronesa. Vos...! restituirme el castillo de Ronquerolles?

Roberto. Y todo lo demas... voto vá...! si con ese objeto he hecho este viaje, arrostrando la tormenta. Yo soy asi... en nada reparo, cuando me propongo una cosa. Aqui se trata de un milagro: digo si lo es! persuadir á unos parientes á que cedan la herencia que les ha tocado... ni el de pan y peces...

Valentin. (*Aparte.*) Cómo sabe de historia sagrada!

Baronesa. Por mas que digais, caballero, yo no os creo capaz de conseguir imposibles.

Roberto. Encárguese nadie de una mision puramente celestial, para que se le rian en sus barbas! — No me coje de susto... ya me lo esperaba yo...! — En fin, reid cuanto gusteis... pero escuchadme.

Baronesa. (*Aparte á Maria.*) Este es un loco, que se ha escapado del hospital!

Maria. (*Idem.*) No importa; escuchémosle. No dicen que hay locos razonables?

Baronesa. No, hija, no! — En fin, si el señor quiere que le escuche, ha de empezar por decirme su nombre.

Roberto. No hay inconveniente, señora, puesto que tanto lo deseais: yo me llamo Roberto.

Todos. Roberto!

Valentin. Roberto el diablo!

Maria. Ay! madre...! el nombre es bonito!

Roberto. Verdad que sí, señorita María?

Maria. Sabeis mi nombre?

Roberto. Sí; y tambien el de vuestra madre... Carolina d'Alberg... baronesa de Ronquerolles, casada en Hanan, hace unos diez y siete años... el 9 de Enero de 1802.

Maria. (*Con viveza.*) Casada...! sí señor... eso es... no es verdad que sí...? casada!

Baronesa. Cómo...! vos tendriais medios de acreditar...

Roberto. Al saber que erais víctima de una infame injusticia, lo he dejado todo, y he venido corriendo á reanimar vuestra perdida esperanza.

Baronesa. Y con qué motivo...? sin conocerme...!

Roberto. Oh...! yo os conocia mucho, señora.

Baronesa. Cómo?
Roberto. (*Despues de una pausa.*) Por los periódicos, que han traido vuestra sentencia.
Valentin. (*Aparte.*) Hasta en el infierno se leen periódicos!
Roberto. Yo no opinaba como vuestros jueces: yo, en mi conciencia, sentenciaba en vuestro favor el pleito: asi es que escribí á Hanan para obtener á cualquier precio una copia de vuestra partida de casamiento.
Baronesa. Y qué?
Roberto. Vuestro defensor dijo la verdad: la parroquia donde os casasteis fué pasto de las llamas en 1812. Sin embargo, otro medio se me ocurrió: el sacerdote que os habia casado, podia remitir una certificacion...
Baronesa. Gran Dios...!
Maria. Y esa esperanza...
Roberto. Se desvaneció: el buen sacerdote ha muerto.
Maria. Ah! os habeis portado con celo... con generosidad...! vuestra conducta nos ha inspirado el mayor aprecio... la mayor gratitud! Mucho tiempo hace ya que no contamos con la justicia de los hombres... pero siempre contabamos con la del cielo.
Roberto. Pues no: porque esta vez es del infierno, de donde habeis de recibir justicia.
Baronesa. Del infierno?
Todos. Del infierno!
Valentin. (*Aparte.*) Ya se va á descubrir...! Ave Maria Purísima!
Baronesa. Decid, os quereis burlar de mi triste situacion? Por última vez os pregunto: quién sois?
Roberto. Pues no os lo he dicho? quereis que me esplique con mas claridad? — Pues bien: soy vuestro protector. Quizá es demasiado orgullo de mi parte darme semejante título... tanto mas, cuanto que lo que vengo á proponeros no es, en suma... sino... una especie de convenio... un pacto...
Valentin. (*Aparte.*) Ya soltó la palabra...! pacto...! Ave Maria Purísima!
Baronesa. Quereis hacerme creer, caballero, que sois uno de esos seres sobrenaturales...?
Roberto. Francamente, señora: el que por hacer bien á su semejante no teme las fatigas ni peligros... y se espone á hacerse enemigos poderosos é irreconciliables... y aun á

la muerte misma... decidme, os parece un ser de los comunes y ordinarios que se usan por este mundo?

Baronesa. No, en verdad...! y por eso no alcanzo...

Roberto. La esplicacion de este enigma no podreis penetrarla hasta de aqui á un mes, en el castillo de Ronquerolles.

Valentin. (*Aparte.*) Pues...! quiere verse en su casa!

Maria. Cada vez me sorprende mas, madre!

Roberto. En fin, aunque me tengais por un ser puramente fantástico, vais á ver ahora, por lo que os diré, que tengo mucha parte de naturaleza humana. Oid el convenio que os propongo.

Baronesa. El pacto, como dijisteis antes.

Roberto. Bien: el pacto.

Valentin y *Viviana.* (*Acercándose.*) Veamos!

Baronesa. Y cuál es ese pacto?

Roberto. Debe ser secreto entre los dos, señora: con que, si teneis la bondad de hacer que se retire esta señorita...

Baronesa. (*Aparte.*) Este hombre misterioso ha picado mi curiosidad hasta un punto...! (*A María.*) Déjanos por un instante, hija mia.

Valentin. (*Asustado.*) Y será prudente...?

Roberto. Temes que me lleve á la señora?

Baronesa. Dejadnos.

Maria. Madre mia...! tened confianza en él... Mirad qué fisonomía tiene tan franca... y qué acento tan persuasivo! — (*María se va por la derecha; Valentin y Viviana por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

LA BARONESA. ROBERTO.

Baronesa. Ya estamos solos: podeis hablar.

Roberto. Señora, quereis aceptar mis servicios?

Baronesa. Con qué condicion?

Roberto. Oidla. — Os advierto que soy un poco exigente. — Una sentencia inicua os ha despojado de todos vuestros bienes... de vuestro nombre... de vuestra posicion social. Yo me obligo á devolveros todo esto antes que concluya el presente mes... y vos, señora, os obligais...

Baronesa. A qué...?

Roberto. A darme á vuestra hija, en casamiento.

Baronesa. Ah!

Valentin. (*Que asoma la cabeza.*) No creí yo que el diablo fuese soltero!

Baronesa. Ya conoceis, caballero, que aqui vuelve naturalmente mi primera pregunta: para pretender la mano de mi hija, quién sois?

Roberto. Y vos, señora, quién sois, despues de esa sentencia que os deshonra?

Baronesa. Caballero!

Roberto. Yo soy el que os va á restituir la existencia... Por mí, vais á ser de nuevo rica, poderosa, honrada... No es justo que hagais algo en mi favor?

Baronesa. Si me devolveis el honor, pedidme la recompensa que querais... Todo el oro que yo tenga... aun el mismo castillo de Ronquerolles... no vacilaré. Pero la mano de mi hija...

Roberto. Hé aqui como en este mundo es dificil entenderse! vos me ofreceis dinero... y yo no quiero nada... nada mas que la mano de María.

Baronesa. En ese caso, caballero, terminemos esta conversacion. Y á la verdad, me arrepiento de haberme prestado á oir vuestras estravagancias!

Roberto. Con que en fin, señora, rehusais?

Baronesa. Positivamente.

ESCENA IX.

DICHOS. MARÍA. *Luego* VIVIANA *y* VALENTIN.

Maria. (*Parándose en el umbral de la puerta.*) Y yo acepto!

Baronesa. Qué dices?

Roberto. Ah! María...!

Maria. (*Acercándose.*) Sí, madre, acepto. Ignoro quién sois, caballero; pero he hallado en vuestro ademan, en vuestro acento un no se qué, que simpatiza conmigo: el corazon me dice que la obligacion que acabo de contraer me será dulce de cumplir... sí, yo creo en vos... yo creo en vuestras promesas: volved á mi madre su nombre y sus bienes... confundid á nuestros enemigos... y, quien quiera que seais, mi mano es vuestra! (*Valentin y Vi-*

viana han ido saliendo y escuchan asombrados.)
Valentin. (*Aparte á Viviana.*) Habeis oido...!
Viviana. Sí... qué generosa...! qué buena hija!
Roberto. Dadme la mano... y está hecho el pacto!
Maria. (*Dándosela.*) Tomadla... y sirva para restituir á mi madre la felicidad!
Valentin. (*Aparte.*) Cayó en la tentacion!
Baronesa. Es que yo no he dicho todavía...
Maria. Oh! madre...! no desaprobeis este proyecto. Á nada os compromete, puesto que no creeis que consiga lo que ofrece.
Roberto. Y si no lo consigo... quedais libre de partir á Alemania... Solamente os pido que me aguardeis un mes.
Baronesa. Pero qué medios teneis...?
Roberto. Ese es el secreto...! secreto que no sabreis sino al espirar el término convenido... y en presencia de los viles parientes de vuestro esposo. — Valentin, con permiso de la señora baronesa, vas á venir conmigo.
Valentin. (*Asustado.*) Adónde?
Roberto. Adonde yo te lleve!
Valentin. (*Pálido de terror.*) Dios me favorezca...!
Roberto. Necesito de él, señora, porque conoce á los dichosos parientes, y yo no los he visto nunca...
Valentin. Pero, señor... cómo he de abandonar á las señoras...?
Roberto. Las señoras no necesitan de tí, teniendo á la buena Viviana... cuya honradez y fidelidad conozco á toda prueba.
Viviana. (*Asombrada.*) Vos me conoceis...?
Roberto. Sí; y cuando habite el castillo de Ronquerolles vendré á visitarte á la granja todos los dias.
Valentin. (*Aparte á Viviana.*) Qué tal! Me vais creyendo?
Baronesa. Qué seguridad!
Maria. Sí, madre...! es tan osado como generoso... y creo que el corazon no me engaña!
Roberto. Valentin, marchemos... vamos á aprovechar ese carro que está enganchado.
Valentin. Pero señora...!
Baronesa. Sí, buen Valentin, obedece al señor, en nombre mio!
Roberto. Y él que se negara...! oiga...! me le llevaria por fuerza! le necesito indispensablemente.

:

Valentin. Animas benditas...! esto se ha convertido todo contra mí!

Roberto. (*Pasando entre Maria y la baronesa.*) Anda á tomar tu ropa, y en marcha. — Pero antes de partir, permitidme, señora, que os deje esto en depósito. (*Dala una cartera grande encarnada.*)

Valentin. (*Aparte.*) Encarnada...! todo tiene el colorcillo...

Roberto. En esta cartera hay papeles, que no me conviene llevar á este arriesgado viaje... porque si me los quitaran... ó los estraviarais vos, señora...! todo se habia perdido... perdido sin remedio!

Baronesa. Pero estos papeles, pueden comprometerme á mí, ó á mi hija?

Roberto. Oh! no temais nada... Son unas simples *Memorias*... si abris la cartera, guardaos bien de romper el sello á los papeles que hay en ella... á menos que yo no esté de vuelta en el plazo convenido. Entonces será señal de que he sucumbido... de que he muerto! — Y si tal sucede, os autorizo á leerlos, y á buscar otro defensor mas feliz que yo!

Maria. Pero cómo...! vais á correr algun riesgo...?

Roberto. Tranquilizaos, hermosa María! — El cielo ha abandonado á la inocencia: y yo, (*En tono solemne.*) haciendo uso del poder que me ha transmitido el que fué mi maestro, y está ahora, sin duda alguna, en el infierno, confio salir triunfante de la empresa... (*A Maria en tono afectuoso.*) y volver á gozar el tesoro que me ofrece esta preciosa mano! (*Va apresurado á tomar la capa, y vuelve á colocarse entre las dos.*)

Maria. Madre, convengamos en que si es un loco, es loco muy amable!

Baronesa. A la verdad... yo no se qué pensar...!

Roberto. Vamos, Valentin!

Malentin. Ama mia...! quereis exigir de mí...?

Maria. Qué pálido está...!

Roberto. Si crees ir sirviendo al diablo, qué temes?

Valentin. No...! sois un diablo muy alegre... pero...

Roberto. Vamos, tonto! — (*Valentin se va por la puerta de la izquierda.*) Señora baronesa, hasta la vuelta. Y vos, hermosa María, no olvideis nuestro pacto.

Maria. Salid con la empresa... mi corazon es vuestro... y os espera!

Roberto. Yo os juro vengaros... restablecer vuestros derechos... y aparecerme vencedor á vuestra vista, de hoy en un mes.

Baronesa. Yo no se qué rayo de esperanza...! á pesar de ese tono estravagante... casi confio...

Maria. Y yo tambien... Esperemos, madre!

Valentin. (*Sale con un lio á la punta de un palo.*) Aqui está la víctima...! A Dios, mundo!

Roberto. A Dios! — Confianza! — Dentro de un mes, en el castillo de Ronquerolles! (*Vase con Valentin en medio de la tormenta, que ha vuelto á arreciar. Viviana los acompaña, alumbrándoles con la lámpara hasta fuera de la puerta.*)

ESCENA X.

LA BARONESA. MARÍA. VIVIANA.

Viviana. A Dios...! el viento me ha apagado la lámpara! (*El teatro queda á oscuras: no hay mas luz que la que dan las llamas del hogar.*)

Maria. Madre...! madre...! volved en vos!

Baronesa. (*Que se ha sentado á la derecha.*) Es esto un sueño...? una ilusion...? Ese hombre desconocido... la mano de mi hija prometida... Dios mio! no, no... esto no puede ser realidad!

Maria. Pues yo estoy segura de que cumplirá todas sus promesas...! Si supiérais, madre, lo que esperimenta mi corazon... y cuán dulce se me presenta el porvenir desde que he oido el acento de ese jóven... Oh! no temais... yo estoy llena de gozo... llena de esperanzas...! Si ese jóven hace vuestra felicidad, madre, qué mejor esposo podria yo elegir?

Baronesa. Esta cartera... esta cartera contiene sin duda la esplicacion de tan estraño misterio... y yo quiero, ante todas cosas... (*Va á abrirla.*)

Maria. No, madre, no...! mirad que nos ha prohibido abrirla!

Viviana. (*Encendiendo la lámpara en el hogar.*) No señora... lo que es abrir la cartera no ha prohibido: solamente exigió que no se abriesen los papeles sellados que estan dentro.

Baronesa. Bien, eso sí... respetaremos el sello... Pero quizá por alguna señal... logre yo salir de esta cruel ansiedad.

María. Pues bien, madre... abramos la cartera... pero respetemos el sello de los papeles.

Baronesa. (*Abriendo la cartera y sacando un paquete sellado.*) Sí, sí... es preciso.—En esta faja encarnada hay algo escrito... Viviana, acerca esa luz.

Viviana. Voy, señora. (*Acercándose con la lámpara.*)

María. Él ha dicho que eran sus *Memorias.*

Baronesa. (*Leyendo.*) "Memorias del diablo."

Las tres. (*Dando un grito.*) Ay...!! (*Cáesele á Viviana la lámpara y se apaga. El teatro queda á oscuras. Suena un fuerte trueno: un relámpago ilumina con vivo resplandor el campo, donde se ven los árboles encorvados por el viento que zumba y mueve con violencia la puerta del foro, á la cual aparece la figura blanca y siniestra de Juan Gauthier.—El telon cae rápidamente sobre este cuadro.*)



Acto segundo.

El teatro representa un salon con tres puertas grandes en el foro, que dan á otros salones, todos adornados é iluminados para un baile. Puertas laterales. A la derecha una mesa: á la izquierda un sofá, y en primer término una chimenea con un reloj encima Muebles de lujo, &c.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE. LA CONDESA. EL MARQUES. MÁSCARAS.

(*Gran movimiento de máscaras que circulan por los salones; á poco suena la música dentro: varios caballeros se dirigen á las parejas y se las llevan, seguidos de todos los demas, á la voz de:* en baile! en baile! — *Quedan solos los tres personages arriba indicados.*)

Rapiniere. Marques, eres hombre que lo entiende! nos has dado una magnífica comida... y luego el baile es suntuoso!

Condesa. Estan de gente los salones que no se puede andar: temo que haya demasiada!

Marques. Eso quiere decir, hermosa prima, que tendrás infinitos adoradores! Tu disfraz es de un gusto esquisito... no dudo que serás la reina del baile.

Rapiniere. Y el mio...? eh...? qué tal...? hecho á todo coste por el sastre de la grande ópera!

Marques. Haces honor al baile... como lo has hecho á la comida!

Rapiniere. Oh! eso sí...! no he perdonado plato!

Marques. Eres, querido vizconde, el primer gastrónomo de París!

Rapiniere. Pero, marques, seamos francos: qué objeto llevas en dar esta fiesta? Porque no creo que un hombre tan trucha como tú se gaste un dineral por el necio gusto de ver dar brincos y tragar helados á unos cuantos centenares de pisaverdes.

Marques. Qué objeto puedes suponer?

Rapiniere. Qué sé yo...! la ambicion, que es tu flaco.

Marques. Yo ambicioso!

Rapiniere. Vaya...! y no falta quien diga que andas solicitando un puesto elevado. Podrán ser meras voces... pero yo acabo de ver en uno de esos salones á un ministro, y...

Marques. Y eso qué prueba? Se convida á un ministro como á un banquero... á un artista...

Condesa. Pues... para adornar el salon.

Marques. Por mi parte, os aseguro que no doy la menor importancia á la presencia del tal señor... lo mismo me da el ministro que otro cualquiera de mis convidados.

Rapiniere. Por eso me ha parecido que su excelencia estaba fastidiado.

Marques. (*Inquieto.*) Fastidiado...? de veras...? pues si le he colocado en la mesa del whist, con los mejores jugadores...! voy á ver...

Rapiniere. (*Deteniéndole.*) Quieto... quieto aqui... señor diplomático...!

Marques. Cómo...!

Rapiniere. Su excelencia está muy entretenido... te he dicho esto por descubrir la verdad.

Condesa. Primo...! esa es una zancadilla...!

Marques. El objeto de este baile es muy sencillo, y no sé cómo no le alcanzais. Ignorais que el pleito que acabamos de ganar definitivamente contra nuestra pretendida prima la ex-baronesa de Ronquerolles, nos ha hecho muchos envidiosos en la villa y en la corte? mi intencion pues, ha sido refrescar con buen vino de Champaña el afecto de nuestros amigos, poner de nuestra parte la opinion pública, probando que somos dignos de poseer estas riquezas, porque sabemos gastarlas con esplendidez.

Rapiniere. Es verdad... sabemos gastarlas.

Condesa. Pero no hemos de hacer nada en favor de la ex-baronesa de Ronquerolles?

Rapiniere. Nada.

Marques. Nada.

Condesa. Pues yo creo que ese sería el mejor medio de imponer silencio á la envidia y la calumnia.

Rapiniere. Al contrario, esa concesion de nuestra parte se miraria como arrancada por la voz de la conciencia, por el remordimiento. Las gentes lo interpretan todo!

Marques. Y ademas, la ley ha fallado, los tribunales nos han adjudicado la herencia toda de nuestro primo... y sería una ofensa á la justicia modificar su sentencia.

Condesa. Ni siquiera le daremos á la ex-baronesa ese retrato que nos pide? verdad es que no ha sido esposa del baron... la ley lo ha declarado, y todo el mundo debe creerlo asi... pero si no fué su esposa, fué su compañera, su amiga... ese retrato era una prenda de amor, y bajo ese título...

Rapiniere. Ay, condesa! ese título está fundado en la mas profunda inmoralidad!

Marques. Nada, nada...! el retrato, como todo, está comprendido en la herencia.

Rapiniere. Y ademas... está guarnecido de diamantes... debemos conservarlo.

Marques. Esa es mi opinion.

Condesa. La mia no...! y siento verme obligada á ceder á la mayoría de los votos.

Rapiniere. Y luego que yo acabo de llegar del castillo... la ex-baronesa lo habia ya abandonado... y á estas horas las dos aventureras deben estar cerca de la frontera de Alemania.

ESCENA II.

DICHOS. EL CONDE DE CERNIN.

Cernin. Gracias á Dios que os encuentro!

Condesa. Mi marido!

Marques. Conde... dónde has andado?

Cernin. No he andado, que me he quedado á la mesa, dando razon de unas cuantas botellas, en compañía de algunos aficionados... á la moda inglesa!

Condesa. Ya se deja conocer!

Rapiniere. Hombre...! si yo hubiera caido...!

Cernin. Despues de haber derrotado un batallon en masa

de Champaña, de Johannisberg y otras tropas veteranas... nos entramos en el baile, donde he presenciado la cosa mas divertida...! todos andan alborotados...!

Marques. Qué dices?

Cernin. Sí, primo mio, para que el baile sea completo... hasta el diablo en persona ha venido á solemnizarlo.

Rapiniere. El diablo?

Condesa. Este está como suele!

Cernin. He dicho que la cosa era divertida, eh...? pues distingo: el tal diablo sabe todo... lo de todo el mundo... y no se muerde la lengua.

Marques. Y quién es el máscara?

Cernin. Toma...! si se supiera, no habria chiste. Lo singular del caso es que nadie lo ha conocido... y eso que él no lleva mas que una media careta muy pequeña de terciopelo carmesí. Es muy buen mozo, y el trage de diablo le sienta á las mil maravillas. Alli lo anda revolviendo todo... poniendo en ascuas á los maridos, á los padres, á los amantes... sabe la vida y milagros de todos. (*Riendo con estrépito.*) Ja, ja, ja...!

Marques. Eso ya pasa de raya... si le dice al ministro algo que le escueza... y se formaliza...

Condesa. Bien merecido te está, marques, por haber querido que nos ahoguemos en el salon... Tus esquelas de convite han corrido á miles por París... todo el que há querido ha logrado una... hasta en la Bolsa se han negociado públicamente. Eso tiene sus riesgos en un baile de máscaras... Ni siquiera has tenido la precaucion de reconocer á los convidados á la entrada.

Marques. Eso no! eso retrae á las máscaras... Pero he tomado otra medida que viene á ser igual, y que nos asegura de que nadie traspasará los límites del decoro; que es haber puesto en las esquelas una nota que dice: "ningun máscara podrá salir del baile antes de las doce, á cuya hora todos se servirán quitarse las caretas."

Cernin. Pues lo que es al diablo se le da una higa de la tal nota... él se porta como si semejante hora no hubiera de llegar.

Condesa. Pero qué es lo que dice?

Cernin. Qué sé yo...! Al conde aquel gordo le ha dicho que era... (*Concluye la frase al oido de la Rapiniere.*) Ja, ja, ja...!

Rapiniere. Hombre...! hombre...!!

Cernin. Y á la marquesa de Leris le ha dicho que el verano pasado en los baños, tuvo... (*Concluye al oido del marques.*) Ja, ja, ja...!

Marques. Oh! Eso es escandaloso!! voy á decirle...

Cernin. (*Deteniéndole.*) Qué... ni con picas llegas adonde está...! tiene al rededor una muralla compacta... y alli sostiene el tiroteo... qué algarabia! — Cuando yo salí del salon la habia tomado con el ministro... le estaba haciendo la enumeracion de sus metamorfosis... y aun no habrá acabado!

Marques. Oh! Dios mio...!

Rapiniere. A Dios empleo, marques!

Cernin. Qué empleo?

Marques. Nada...! A este vizconde que se le ha metido en la cabeza... Nada! — (*Grandes risas en el foro.*) Pero qué ruido es ese...? Calla...! él es!

Condesa. El diablo?

Cernin. Sí... el mismo... con su acompañamiento.

Marques. Pongámonos las caretas... si nos ve, puede que se contenga... y yo quiero sorprenderle. (*Los cuatro se ponen las caretas.*)

ESCENA III.

DICHOS. ROBERTO, *rodeado de una multitud.*

Roberto. (*En el salon esterior.*) Pido treguas...! dejadme descansar aqui un poco, y ofrezco volver luego al salon. Si no consentís, me marcho del baile. Andad, andad...! (*Hace marchar á todas las máscaras.— Aparte, mirando á los cuatro personages.*) Alli estan los que yo buscaba. (*Viniendo á colocarse entre el conde y el marques.*) Perdonad, señor marques, si no he venido antes á ofreceros mis respetos... el inmenso gentío que inunda vuestros salones me ha impedido hasta ahora cumplir este deber.

Marques. Por quién me tomais, caballero?

Roberto. Por el amo de casa... el marques de Loria.

Marques. Estais equivocado.

Roberto. Yo nunca me equivoco.

Rapiniere. Qué fátuo!

Roberto. Soy el diablo!

Cernin. (*A Rapiniere.*) Ja, ja...! no te lo dije!

Roberto. (*Al marques.*) Sea cual fuere el motivo que os obligue á ocultaros, os advierto que os tomais un trabajo inútil... estoy seguro de lo que he dicho.

Marquesa. (*Quitándose la máscara.*) Ya lo veo.

Roberto. Mi vista atraviesa las murallas... y lee los pensamientos que se esconden bajo la máscara de la hipocresía... cómo, pues, no ha de ver un rostro que solo encubre un leve pedazo de seda ó terciopelo! (*Acercándose á la condesa.*) Y este es uno de mis mas dulces privilegios, pues por él puedo ver, y veo en este instante, á despecho de la máscara que á los demas se lo impide, las hermosas facciones de la condesa de Cernin.

Condesa. (*Quitándose la máscara.*) Con que es inútil la máscara?

Roberto. Sí, señora...! yo no soy egoista... y si lo permite vuestro esposo el señor conde...

Cernin. (*Quitándosela.*) Ja, ja...! tambien á mí me conoce...

Rapiniere. Solo conmigo no acierta.

Roberto. (*A la condesa.*) En el salon se lamentan de vuestra ausencia... no pensais ir pronto?

Rapiniere. Sois muy curioso, señor diablo.

Roberto. (*Despues de mirarle de pies á cabeza.*) Yo no hago mas que repetir lo que todos dicen... lo que todos desean.

Rapiniere. Se me figura que Satanás deberia ser mas agudo en sus bromas... (*Aparte al conde.*) Lo he picado... y no me conoce!

Roberto. Por qué no le prestais vuestro talento...?

Rapiniere. (*Aparte al conde.*) Pues...! no me conoce.

Roberto. (*Continuando.*) Señor vizconde de la Rapiniere:

Rapiniere. (*Quitándose con rabia la máscara.*) Hum...!

Marques. Ya nos hemos quitado todos la máscara, caballero: conservareis vos esa ventaja sobre nosotros...?

Roberto. Estoy en mi derecho: aun no son las doce.

Marques. Es verdad; pero sin embargo, si yo os lo suplicara...

Roberto. Me apoyaría en la ley que habeis dictado vos mismo.

Marques. Os estais conduciendo de una manera particular, caballero: no falta quien diga que habeis traspasado los

límites de la franqueza permitida en un baile de máscara.

Roberto. No hay nada de eso, señor marques: yo me he limitado á decir lo que ya todo el mundo sabia; hubiera podido ir mas allá... porque sé cosas ignoradas... pero no tengais miedo, señores...

Condesa. (*Con altivez.*) Miedo nosotros...?

Roberto. (*Volviendo al lado de la condesa.*) Ay! Condesita...! quién es la muger, por virtuosa que sea, que no tiene algun secretillo que guardar...

Cernin. Eh...? qué...? de qué secretos hablais...?

Roberto. (*Aparte al conde, llevándoselo á la derecha.*) Qué os importa, querido conde, con tal que no sean secretos de bastidor de la grande ópera?

Cernin. De la grande ópera?

Roberto. Pues! alli es donde yo, Satanás, tengo mi sitio de recreo... alli estaba ayer noche cuando la regalásteis á la bailarina Amelia aquel aderezo de rubíes... y os dió cita para...

Cernin. Chit...!

Roberto. Magníficas piedras...!

Cernin. Silencio, por Dios!

Rapiniere. (*Escuchando.*) Piedras?

Roberto. (*Pasando junto á él.*) Cuidado, vizconde, no las tire yo á vuestro tejado... que es de vidrio.

Rapiniere. (*Riendo.*) Ah, ah...!

Roberto. Pero eso podria alteraros el apetito, y quitaros las ganas... de cenar.

Rapiniere. Verdad es que soy gastrónomo... pero eso no es ningun delito feo, para que yo me aterre...

Roberto. Quién sabe...! Si tuviérais acaso algunas docenas de trufas en...

Rapiniere. (*Riendo.*) En el estómago...?

Roberto. No: en la conciencia.

Rapiniere. En la conciencia...? no entiendo...

Roberto. Recapacitad bien. — (*Aparte al marques.*) En cuanto á vuestro secreto, marques, podeis estar tranquilo, á nadie he hablado de ello, ni hablaré.

Marques. Qué secreto, caballero?

Roberto. Toma...! vuestra embajada.

Marques. Ya!

Roberto. El diablo ès casi siempre confidente de los ministros.

Marques. Con que sabeis...?

Roberto. No hay que asustarse, señor marques... seré prudente, y no os perjudicaré... pero con una condicion.

Marques. Cuál?

Roberto. Os lo diré luego... cuando estemos solos... aqui mismo, dentro de una hora... (*Mirando al reloj.*) Mirad... dentro de una hora.

Marques. Corriente. (*Aparte mirándole.*) Si será el secretario del ministro?

Condesa. (*Aparte.*) Este es algun amigo de Enrique.

Cernin. (*Aparte.*) Será algun abonado á la ópera.

Rapiniere. (*Aparte.*) Es algun parroquiano de la fonda donde yo voy.

Roberto. Conozco, señores, mios, que estais mas curiosos que nunca de saber quién soy... mas impacientes de que caiga la máscara que cubre mi rostro...—Caiga pues, y quedad satisfechos. (*Se quita la máscara. Todos le miran, y luego se miran entre sí con gestos de sorpresa.*)

Marques. (*Despues de mirar á todos.*) Pues es que ninguno aqui os conoce, caballero! Quién sois?

Roberto. Quién soy...? Roberto.

Todos. Roberto!

Roberto. Sí, señor: R, o, Ro: b, e, r, ber: t, o, to: Roberto:—asi lo ha escrito el señor marques en la esquela de convite que ha tenido la bondad de enviarme. (*La enseña.*)

Marques. Es verdad! (*Vuelven á mirarse con los mismos gestos.*)

Roberto. (*Con risa burlona pasando junto á la condesa.*) Ahora que todos ya me conocen... me hará la condesa el honor de aceptar mi brazo para una contradanza?

Condesa. Estoy comprometida.

Roberto. Para la primera... ya lo sé: (*Con misterio.*) con el coronelito Enrique de Versac... pero la segunda...

Condesa. (*Turbada y con prontitud.*) Acepto... sí, señor.

Roberto. Mil gracias!—Ya suena la música... el coronel os andará buscando... (*Presentándola el brazo.*) me permitís que os conduzca...?

Condesa. (*Aparte dándole el brazo.*) Dios mio...! quién será este hombre! (*Se van por el foro.*)

ESCENA IV.

LA RAPINIERE. EL CONDE. EL MARQUES.

Cernin. Qué dices de esto, marques...? Se me figura que mi muger ha empezado de repente á hacer migas con él.
Marques. Qué quieres! tantas veces la has dicho que se vaya al diablo... que al fin se ha ido con él.
Cernin. Pues á mí... lo mismo se me da que sea el diablo en persona...! como yo me llegue á atufar...
Marques. La cosa es original... y si yo...
Cernin. Es que... oiga...! (*Se van hablando por el foro.*)

ESCENA V.

LA RAPINIERE.

Es travieso y atrevidüelo el tal máscara... pero conmigo no puede. (*Echándose en el canapé.*) Ay! vizconde de la Rapiniere, amigo y querido mio...! confesemos que eres el mas dichoso de los mortales, y que tuvo acierto el padre que te engendró!—En menos de seis meses me he calzado dos herencias... la de Ronquerolles, y... aquella... aquella de... qué gran golpe...! y en la flor de la edad...! cuando tengo para gozarlas un estómago de cal y canto, y una salud de bronce!

ESCENA VI.

VALENTIN, *con una bandeja de refresco.*—LA RAPINIERE.

Valentin. Huy...! el vizconde aqui...! (*Quiere volverse.*)
Rapiniere. (*Llamándolo.*) Eh!—(*Se acerca á él y toma una copa: Valentin le presenta la bandeja, escondiendo la cara.*) Esquisito ponch...! bebida tónica!—(*Saboreándolo.*) Se me figura que le falta algo... quizá sea limon... (*Bebe otra copa.*) Le falta limon...? sí, sí, le falta. (*Se aparta, y vuelve al otro lado de Valentin, el cual tuerce la cabeza en sentido opuesto.*) Oyes, di que echen un poco mas de limon en el ponch... (*Yéndose.*) no tienen tacto... (*Se va.*)

ESCENA VII.

VALENTIN.

Uf...! qué tripa de esponja...! por fortuna no me ha conocido. Y el señor Roberto que me ha hecho poner esta librea del marques, y me ha encargado que ande sin cesar por los salones con achaque de servir refrescos, para poderme tener á mano... Pues una hora hace que me estoy paseando con la bandeja, sin poderle encontrar. (*Poniendo la bandeja en la mesa de la derecha.*) Es que estoy rendido! (*Bebe una copa de ponch.*) Pues señor... yo no encuentro que le falte limon...! bien que en mi vida lo he catado hasta ahora...

ESCENA VIII.

LA BARONESA. MARÍA, *con dominós.*—VALENTIN.

Baronesa. Ya estamos en el baile, María... ahora Dios nos proteja!

Maria. Mirad... alli está Valentin!

Valentin. Han dicho mi nombre... (*La baronesa y Maria se quitan la máscara.*) Qué veo...! Señora baronesa...! Señorita María...!

Baronesa. Calla!

Valentin. Vos en París...! vos en este baile...! Cómo es esto?

Baronesa. (*Recelosa.*) Apenas os marchásteis de la granja, Valentin, cuando me arrepentí de haber depositado ligeramente mi confianza en aquel jóven desconocido...

Valentin. Ay! señora...! qué mal le juzgais...! Si supierais cuánto se interesa por vos!

Maria. Verdad que sí, Valentin...? (*A la baronesa.*) No os lo dije, madre?

Baronesa. En nuestra actual situacion, hija mia, lo que debemos principalmente evitar es dar armas á la calumnia... y el celo de ese jóven puede inspirar sospechas. Por eso, aunque he respetado el secreto de los papeles que me dejó, he resuelto venir á París, é impedir que nos comprometa con alguna calaverada.

Maria. Pues yo estoy segura de que hemos de tener que darle gracias.

Valentin. Oh! me dejaría cortar una mano...! Es el jóven mas honrado y mas bueno...! Ya no le tengo miedo.

Baronesa. Sí... su corazon será muy sano... pero lo que yo temo es su cabeza!

Valentin. Y no temeis, señora, que entre tanta gente...?

Baronesa. Otro motivo ademas me ha hecho venir á París, y entrar en esta casa, que yo habitaba en mis tiempos de prosperidad. Aqui está el retrato de mi esposo: ellos han tenido la barbarie y la injusticia de negármelo, y yo se lo quiero quitar, porque es mio... mio... y nadie tiene derecho de privarme de él.

Valentin. Y cómo vais á hacer...?

Baronesa. Siempre ha estado colgado encima de la chimenea de mi gabinete... alli debe estar aun...

Maria. (*Poniéndose la máscara.*) Que viene gente!

Valentin. Es el señor Roberto.

Baronesa. (*Poniéndose la máscara.*) Valentin, silencio absoluto con todo el mundo, acerca de nuestra llegada.

Valentin. Cómo! señora...! tambien con el señor Roberto?

Baronesa. Tambien con él.

Valentin. Bien: perded cuidado.

ESCENA IX.

DICHOS. ROBERTO.

Roberto. Estás aqui, Valentin...? Te dije que anduvieras por esos salones... y si te hubiera necesitado...

Valentin. Perdonad... estaba sirviendo refrescos á estas señoras.

Roberto. Hola...! bien! veo que te vas afinando... las damas antes de todo.

Maria. Madre, qué bien está con ese trage!

Baronesa. Cuidado, María!

Roberto. Valentin, déjame... tengo aqui una cita... va á empezar la contradanza, y la condesa me ha visto dirigirme á esta sala... Aqui vendrá.

Maria. (*Aparte.*) La condesa!

Baronesa. Una prima de tu padre.

Maria. (*Suspirando.*) Ya..! eso no quita...

Baronesa. Algo será de nuestro asunto... dejémosle... ven conmigo. (*Vanse, seguidas de Valentin.*)

ESCENA X.

ROBERTO.

Buen par de talles...! sobre todo, el dominó azul... y aun se me figura que me echaba ciertas miradas...—Vamos, Roberto, poco á poco...! que no has venido aqui á eso... Tienes cosas mas serias que hacer... y el tiempo de las locuras ya pasó.—Suena la música, si no me engaño... sí...!—Hola! la condesa de Cernin...! atencion!

ESCENA XI.

LA CONDESA. ROBERTO.

Condesa. Qué es esto...! me habeis olvidado?

Roberto. Yo! Señora...! Podeis creerlo?

Condesa. La cosa me parece bien clara.—Yo os tenia por mas solícito... mas galante. Me pedísteis una contradanza con tanto empeño...

Roberto. Y vos me la ofrecísteis con tanta generosidad...!

Condesa. Y ahora parece que no teneis el mismo interes...

Roberto. Cómo no...? Por nada de este mundo renunciaria á los preciosos momentos que debe proporcionarme!

Condesa. Siendo asi, consistirá en que estais muy distraido... No oís la orquesta?

Roberto. Sí, señora.

Condesa. Pues bien; esta es nuestra contradanza.

Roberto. Ya lo sé.

Condesa. Y os estais asi...? Me obligais á venir á buscaros.

Roberto. Ya esperaba yo que tendriais esa bondad.

Condesa. Me gusta la fatuidad!—Vamos, pues... la contradanza ha empezado.

Roberto. Una vez que ha empezado... no sería mejor que nos estuviéramos aqui?

Condesa. Cómo...!

Roberto. Sí tal...! Qué gusto sacais de dar brincos? El placer de bailar una contradanza consiste acaso en las figuras que se hacen...? en los pasos, ni en las... No por cierto! consiste en la conversacion íntima que se establece entre las parejas. Pues bien, condesa, para hablar con

descanso, dónde hemos de estar mejor que en esta sala, lejos del ruido y del gentío?—Hacedme el gasto de sentaros aqui... en este sofá... y permitid que me coloque á vuestro lado... (*Siéntase en una silla, á su derecha.*) será una contradanza sentada.

Condesa. La proposicion...

Roberto. Es muy sencilla.

Condesa. Pero esta entrevista es enteramente inútil: ya adivino lo que quereis decirme...

Roberto. Me parece que no.

Condesa. Sí: lo que tantos otros! pero os prevengo que os trataré como he tratado á todos.

Roberto. (*Dándole gracias.*) Señora...! mil gracias...! pero...

Condesa. Yo no falto á mis deberes...! y me he propuesto no contestar á las declaraciones de los jóvenes del dia.

Roberto. Muy bien hecho; pero, señora, es de advertir que yo no soy un jóven del dia.

Condesa. Ah...! pues quién sois?

Roberto. Quién soy? el diablo... Y aunque os cause sorpresa, os diré que no tengo la menor intencion de haceros la corte.

Condesa. (*Con un gesto de despecho.*) Vaya...! pues en ese caso, os daré audiencia.

Roberto. No esperaba menos de vuestra bondad, señora...! y aun espero mas; porque, cómo no ha de tener escelente corazon quien tiene tan bello rostro!

Condesa. Eh! poco á poco...! eso no es lo tratado... y lo decís tan alto!

Roberto. Nada temais: el conde está entretenido en beber y jugar.

Condesa. Sí; pero no lo digo solamente por mi marido...

Roberto. Ya lo sé... pero tambien el coronel Versac está jugando.

Condesa. El coronel Versac...! Qué quereis decir con eso, caballero?

Roberto. Nada absolutamente; porque no voy á hablaros de cosas del dia, si no de cosas pasadas.

Condesa. De cosas pasadas?

Roberto. Sí, señora: de ciertas relaciones, que no deben haberse borrado enteramente de vuestro corazon.

Condesa. Esplicaos! (*Aparte.*) Dios mio! de cuál de ellos me querrá hablar!

Roberto. No habeis tenido amistad en otro tiempo con vuestra desgraciada prima la baronesa de Ronquerolles ? Pues de ella quiero hablaros, señora... vengo á interceder por sus derechos, que tan cruelmente se la han arrebatado.

Condesa. Cómo...! y para eso me haceis perder el baile...?

Roberto. Vos podeis reparar el error de los tribunales, señora, reconocer los derechos de la baronesa, y devolverla su nombre y la parte que os ha tocado de su herencia: vos sois rica... muy rica, y dueño absoluto de vuestros bienes.

Condesa. (*Levantándose y pasando á la derecha de Roberto.*) Basta, caballero, basta! En ese punto seré tan inexorable como si me hablarais de amor.

Roberto. (*Aparte.*) Asi lo espero.

Condesa. Los tribunales me han adjudicado en última instancia esa parte de herencia, y pienso disfrutarla... si vos me lo permitís.

Roberto. No puedo permitirlo, señora!

Condesa. Teneis gana de broma?

Roberto. No hay aqui broma. Yo he venido de... del infierno, á hacer que se reconozcan los derechos de la baronesa... y se reconocerán!

Condesa. Los derechos... de una aventurera?

Roberto. La baronesa ha sido siempre una esposa sin tacha...! una madre tierna, bien lo sabeis...! y aun cuando asi no fuera, os tocaria á vos, condesa de Cernin, manifestar tan poca indulgencia ? A vos, que sois... su parienta, su antigua amiga? No conoceis ninguna madre que pudiera llegar á verse mas desgraciada que ella ?

Condesa. Qué quereis decir?

Roberto. (*Con misterio.*) No conoceis ninguna jóven, cuya hermosura la atrajera en sus primeros años un sin número de adoradores... que al fin, rendida á los halagos de uno de ellos, le entregara su carazon, y... que despues se viese obligada por su familia á contraer con otro un matrimonio de conveniencia... y tuviese entonces que ocultar un secreto á su esposo y al mundo?

Condesa. (*Aparte.*) Cielos!

Roberto. En una oscura aldea, inmediata á París, se depositó la inocente prenda del primer amor... alli vive el tierno niño sin contar con mas apoyo que el de su madre... y su madre sois vos... y su padre no es vuestro esposo.

Condesa. Pero... quién ha podido contaros...?
Roberto. Pues no sabeis quién soy yo?
Condesa. No, no... os han engañado.
Roberto. Tengo pruebas, señora!
Condesa. Dónde estan?
Roberto. En las *Memorias del Diablo.* Allí hay cartas vuestras, allí hay una donacion hecha á favor de un huérfano: todo ello se hará público, si vos...
Condesa. Ah! por piedad...! haré lo que pedís.
Roberto. Bien está.

ESCENA XII.

DICHOS. EL CONDE DE CERNIN.

Condesa. Mi marido!
Cernin. Mi muger con el diablo...! ya me lo presumia! (*Viniendo entre los dos y observándola.*) Estás turbada... conmovida... qué te ha pasado?
Roberto. Cosa muy natural... una ligera indisposicion, producida por el ruido, por el calor...
Cernin. (*Aparte.*) Ya...! por el calor de la conversacion!
Roberto. Y vos tambien, conde, estais... qué teneis? esa fisonomía alterada...
Cernin. Qué he de tener...! nada...! aquí os encuentro mano á mano con...
Roberto. (*Riendo.*) Ah, ah, ah...! Hareis quizá á esta señora la injuria... y á mí el honor... de tener zelos...? Sería chistoso...
Cernin. Puede que no!
Roberto. Cómo...! lo tomariais por el estilo grave...?
Cernin. Caballero, os advierto que no tomeis conmigo ese tono!
Roberto. (*Riendo.*) Ah, ah...!
Cernin. Vos no sabeis á quién estais hablando.
Roberto. Sí tal.
Cernin. En nuestra sociedad no hay sitio para vos.
Roberto. Cómo no...? pues yo creo que el diablo está aqui en familia...
Cernin. Y os intimo que os mantengais, respecto á mí, á la distancia conveniente.
Roberto. (*Con dignidad.*) A la distancia que gusteis... á

quince pasos... á diez... ó, si mas os place, á la medida de una espada!

Cernin. Me provocais...!

(*La condesa se interpone.*)

ESCENA XIII.

DICHOS. LA RAPINIERE.

Rapiniere. (*Viniendo á la izquierda.*) Qué es esto...? qué es esto...? se riñe aqui?

Cernin. El señor... que toma un tono...!

Roberto. (*Pasando al lado de la condesa.*) Serenaos, señora. (*A la Rapiniere.*) No ha sido nada: el conde ha intervenido en un negocio relativo á intereses que estaba yo arreglando con la condesa... Pero ya estamos convenidos: esta señora consiente en restituir á la baronesa de Ronquerolles la parte de herencia que le ha tocado.

Rapiniere. Cómo?

Cernin. Qué está diciendo?

Condesa. La verdad!

Cernin. Cómo...? era sobre eso...? Y tú has consentido...?

Condesa. Sí.

Cernin. Pero, condesa...

Condesa. Déjate de reflexiones. Ahí tienes mi caudal... derróchalo como quieras; pero esta restitucion estoy resuelta á hacerla. (*Se va: Roberto la acompaña.*)

ESCENA XIV.

EL CONDE DE CERNIN. ROBERTO. LA RAPINIERE.

Rapiniere. Con que, querido conde, la cosa resulta peor de lo que tú te imaginabas?

Cernin. Estoy soñando!

Roberto. No tiene nada de estraño... Y apuesto á que el vizconde está inclinado á hacer lo mismo.

Rapiniere. Yo...? no faltaba mas...! juro á Dios...

Roberto. No jureis!

Rapiniere. Bonito soy yo! Aunque todos los diablos me acometieran...

Roberto. Con uno basta: veamos.—A cuanto ascenderá la

parte de herencia...? á cien mil escudos... una bagatela!

Cernin. Vos os despachais á vuestro gusto!

Roberto. Hay tantos modos de ganar cien mil escudos... y mas! Yo sé, acerca de eso, varias historias que os podrian servir... una, principalmente...

Rapiniere. Este hombre es loco...! dejémosle, conde, y vámonos al baile. — Volver cien mil escudos! — Vámonos, vámonos!

Cernin. Ese no te conoce! (*Yéndose los dos.*)

Roberto. Es que la anécdota es curiosa: escuchadla...

Rapiniere. (*Yéndose.*) Perdeis el tiempo, querido!

Roberto. (*Aparte.*) Sí...? ahora lo verás! — (*Hablando solo y en alta voz.*) Pues señor, habia en Tolosa un sugeto llamado Pablo Terrás...

Rapiniere. (*Desde el fondo.*) Eh...? qué habeis dicho...?

Roberto. (*Aparte.*) Ya sabia yo que no se iria.

Rapiniere. (*Acercándose.*) Terrás...?

Roberto. Vos lo habreis conocido, vizconde... porque entonces pasabais en Tolosa la mitad del año.

Rapiniere. Sí... hago memoria...

Roberto. Este tal Terrás tenia un amigo...

Cernin. (*Desde el fondo.*) Vamos, vizconde...! (*Un criado atraviesa por el foro con refrescos: Cernin toma una copa y bebe.*)

Roberto. Andad, vizconde... que os está esperando... Ya buscaré yo quien me escuche la historia... ahí en el salon encontraré...

Rapiniere. No, no...! me ha picado la curiosidad...

Cernin. (*Acercándose.*) Entonces, oiré yo tambien.

Roberto. Continúo. — El susodicho amigo del señor Terrás se llamaba... aguardad... se me ha olvidado... No podiais ayudarme á recordar, vizconde?

Rapiniere. (*Con desasosiego.*) No... yo no me acuerdo...

Roberto. No os acordais? no importa. — Pues señor, el tal amigo era un hombre dominado por la mas sórdida avaricia... le llamaremos el avaro. Era muy rico, y apenas gastaba mil escudos en vivir.

Rapiniere. No señor...! yo siempre gastaba...

Roberto. Calla...! he dicho yo qùe fuerais vos? — El señor Terrás, por su parte, era tambien bastante...

Rapiniere. Bastante ruin...!

Roberto. Justo!

Cernin. Qué, tú le has conocido?

Roberto. Parece que el señór vizconde le ha conocido...

Cernin. Todos los avaros se conocen...

Roberto. Los dos amigos, es decir, el señor Terrás y el avaro poseían igual suma de bienes de fortuna; y tuvieron la ocurrencia de hacer un testamento en que el primero que muriese dejaba al otro por heredero.

Rapiniere. No hay cosa mas natural! Entre amigos... es un consuelo para el que sobrevive.

Cernin. Y no le cuesta nada al que se muere.

Roberto. Hasta ahí, la cosa nada tiene de notable; pero hay mas. Hecho el testamento... el amigo avaro, que tenia deseos de recibir cuanto antes el consuelo... pensó en deshacerse del otro... del ruin.

Cernin. Qué horror!

Roberto. Y para ello, no se valió del hierro, nó, señor... nada de eso: era demasiado sátrapa para emplear unos medios tan peligrosos: dió muestras de una habilidad portentosa, echando mano de un espediente singular.

Cernin. Veamos!

Roberto. Resolvió matar á su amigo... de una indigestion.

Cernin. (*Riendo.*) Es un cuento del otro mundo.

Roberto. Si vengo de allá.

Rapiniere. (*Fingiendo incredulidad.*) Es un absurdo!

Roberto. Cómo...! teneis el medio por absurdo...? vos...? un gastrónomo? Pues el hecho es histórico. Asi que el avaro concibió su proyecto homicida, hizo treguas á su mezquindad, y se convirtió en pródigo y fastuoso. Tenia mesa de estado, y convidaba diariamente á su infeliz amigo, el cual acudia á saciar desordenadamente el apetito que la ruindad no le permitia satisfacer en su propia casa. Esto no le costaba nada al amigo: era sembrar para recoger. La mesa se cubria de manjares tan apetitosos... como pesados é indigestos... y ademas, condimentados con cierta salsa... El señor Terrás hizo frente durante algun tiempo; pero al cabo empezó á resentirse... y por último, una noche cenando, su generoso amigo le hizo comer tal cantidad de trufas... preparadas con el susodicho condimento... aquel fué el golpe de gracia... que á las veinte y cuatro horas el señor Terrás habia ido á digerirlas al otro mundo.

Cernin. Pobre hombre!

Roberto. Qué os parece la anécdota, vizconde?

Rapiniere. Insisto en mi opinion: es inverosimil, absurda: el amigo obraba de buena fé, y se trata de calumniarlo...

Roberto. Eso mismo creí yo al principio; pero por desgracia las dudas cesan con lo que os voy á decir: la víctima tuvo tiempo de escribir á su notario estas palabras: "Amigo mio: el infame de..." no puedo recordar el nombre! "me ha asesinado esta noche con trufas envenenadas, para cargar con la herencia. Mi testamento está hecho en favor suyo; pero ahí os envio un codicilo que lo anula, y lega mis bienes á mis herederos naturales."

Cernin. Bien hecho!

Rapiniere. (*Mas inquieto, y fingiendo serenidad.*) Otra invencion!

Roberto. Yo no invento nada. Aquel codicilo, que el notario sobornado consintió luego en eliminar, yo lo poseo.

Rapiniere. (*Asombrado.*) Vos!

Roberto. Yo. — Los herederos naturales del señor de Terrás han muerto... pero el amigo... el avaro, existe, y trato por este medio de obligarle á acceder á una peticion que le he hecho.

Cernin. Pues es lástima que no os acordeis del nombre de ese amigo. Merece el tal que se le conozca.

Roberto. Aguardad... le tengo en la punta de la lengua... se llama... la... la... R...

Rapiniere. (*Aparte á Roberto.*) Silencio...! ya estoy en todo.

Roberto. (*Idem.*) Restituireis?

Rapiniere. (*Idem.*) Y me entregareis la carta y el codicilo?

Roberto. (*Idem.*) Dentro de ocho dias, en el castillo de Ronquerolles.

ESCENA XV.

DICHOS. EL MARQUES.

Marques. (*Poniéndose entre el conde y Roberto.*) Querido conde, vengo á participarte una noticia singular... y tambien á tí, vizconde... pero no me vais á creer!

Rapiniere. (*Dejándose caer en el sofá.*) Ay! marques...! en este momento, si me decís que soy un tonto, os responderé que lo creo... Vamos, qué ha sucedido?

Marques. (*Riendo.*) Ah, ah, ah...! pues no acaba de aconsejarme muy formalmente la condesa que renuncie á la

herencia de Ronquerolles...? Ah, ah, ah...! ríete conmigo, vizconde...!

Roberto. (*A la Rapiniere.*) Reid con el señor marques!

Rapiniere. (*Riendo á la fuerza.*) Sí, sí... Ja, ja, ja...!

Marques. Y lo que es ella renuncia su parte.

Cernin. Ya lo sabiamos!

Marques. Se habrá vuelto loca... no es verdad, vizconde?

Rapiniere. No... no tal...! La habrá tocado Dios en el corazon... quiero decir...! Y puede que yo... veremos...

Cernin. Cómo...! tú tambien?

Rapiniere. (*Levantándose.*) Pensaré... discurriré si acaso... No quisiera cargar sobre mi conciencia...

Marques. Tu conciencia...? vizconde, tú estás malo!

Cernin. Es verdad...! tiene la cara trastornada...! (*Roberto se acerca en silencio al marques y le señala al reloj.*)

Marques. Es la hora: soy con vos.

Rapiniere. Sí, sí... me siento indispuesto!

Cernin. Será que tienes ya ganas de cenar.

Rapiniere. Dame el brazo, conde... vamos al baile.

Cernin. (*Yéndose con la Rapiniere.*) Marques... dile al señor que te cuente la anécdota que nos acaba de referir... verás cómo te divierte.

ESCENA XVI.

EL MARQUES. ROBERTO.

Roberto. (*Aparte.*) Ahora vamos con este!

Marques. Y qué anécdota es esa?

Roberto. Una tontería... Lo que tengo que deciros es mas serio.

Marques. Veamos; pero hablad bajo, si es acerca de la embajada que he solicitado... y que obtendré dentro de pocos dias.

Roberto. Que obtendreis? Eso será si yo lo consiento.

Marques. (*Con sonrisa desdeñosa.*) Vos...! en efecto, me habeis hablado de cierta condicion... (*Sentándose.*) Ya os escucho.

Roberto. (*Tomando una silla y apoyándose en su respaldo.*) La condicion es precisamente esa que hace poco os hacia reir, hablando de la condesa. Os pido la restitucion de la parte que os ha tocado en la herencia de Ronquerolles.

Marques. Nada mas que eso...? Cien mil escudos?

Roberto. Sí señor; pero ya conocereis que quien viene á pediros semejante sacrificio, os ofrecerá en cambio algun equivalente.

Marques. Y qué es lo que me ofreceis?

Roberto. Vuestra embajada.

Marques. (*Con ironía.*) Cómo...! El crédito del señor Roberto llega hasta distribuir tales empleos?

Roberto. No; mi crédito lo que puede es destruir la buena voluntad de vuestros protectores. Yo no puedo dar el nombramiento; pero puedo quitarlo.

Marques. (*Idem.*) Ya entiendo! El señor Roberto se opondrá á que me nombren!

Roberto. Precisamente, señor marques.

Marques. Y lo dice con un tono...! con una formalidad...!

Roberto. No la estrañareis si os dignais escucharme. (*Se sienta.*) Hablemos claros, marques... Cuando uno aspira á ser representante de su pais, es necesario que lleve á la capital donde su rey lo envia, toda la dignidad, todas las vírtudes que ennoblecen al hombre y honran á la nacion que representa.

Marques. (*Con altivez.*) Pues me parece que nada de eso le falta al marques de Loria! Descendiente de una familia ilustre, dueño de cuantiosos bienes... con servicios hechos á la patria... creo que bien puede representar á nna gran nacion. Ademas no falta quien le atribuya algun talento, y una reputacion de probidad...

Roberto. Esa reputacion de probidad acaba de estrellarse en la sentencia de un pleito inicuo. Vos lo sabeis mejor que nadie... vos que lo habeis entablado y seguido con tal encarnizamiento...

Marques. Si no teneis otras armas contra mí, poco me asustan vuestros ataques! — Con que, caballero, dejemos esta inútil conversacion... Os dispenso del resto... (*Se levanta y da algunos pasos.*)

Roberto. Poco á poco...! me escuchareis, aunque tenga que seguiros...

Marques. Hasta el salon del baile, eh...? (*Yéndose.*)

Roberto. Hasta mas lejos...! hasta el pié de las murallas de Leipsick...!

Marques. (*Aparte deteniéndose.*) De Leipsick...! qué ha dicho...!

Roberto. (*Levantándose.*) Ya veo, señor marques, que no quereis obligarme á hacer tanto camino... y os lo agradezco... por los dos. Os habeis fabricado poco há un pedestal tan magnífico...! os habeis atribuido un nombre tan ilustre...! unos servicios...! unas virtudes...! una probidad...! Yo daré un soplo... y vereis qué poco queda! y qué batacazo dais!

Marques. Caballero...! esos insultos no pueden tolerarse... y voy...

Roberto. Vais á quedaros... y á escucharme! — Si la ambicion os ciega á punto de haceros olvidar lo pasado, yo os volveré la memoria. — Honor...! es la primera calidad que se exige en el representante de una gran nacion: y vos pretendeis ocupar tan honroso puesto...? Eh! perded esa quimérica ilusion! El traidor que ha vendido á su patria no es digno de representarla!

Marques. (*Asombrado y sin tenerse en pié.*) Qué...? qué...?

Roberto. Sentaos, señor marques... no os podeis tener.

Marques. (*Cayendo de golpe en la silla que ocupaba Roberto.*) Yo...! yo...!

Roberto. Vos... Lo que pueden los remordimientos!

Marques. Es que... yo...

Roberto. Es que vos vendisteis á vuestra patria en 1813... en Leipsick...!

Marques. Gran Dios...!

Roberto. Erais empleado en el ejército... y vendisteis al enemigo, por dinero, los secretos del plan de campaña... por un millon! — Esta suma la recibisteis en la aldea de Lutzen, el dia 14 de Octubre, y el 16, nuestro ejército fué derrotado en las orillas del Saall!

Marques. Ah! maldicion...!

Roberto. Tengo buenas noticias...? pensais todavía en ser embajador, sin mi consentimiento?

Marques. Pero las pruebas de lo que decís...

Roberto. Yo las he encontrado...

Marques. (*Levantándose.*) Dónde?

Roberto. En las *Memorias del Diablo*, mi maestro. Estas Memorias, depositadas en persona segura, contienen, como pieza justificativa, vuestra correspondencia con el general Prusiano... Tres cartas, de que yo he sacado las copias que veis aquí... (*Se las da.*)

Marques. (*Mirándolas.*) Silencio, por Dios...! estoy dis-

puesto á todo... Pero en este momento... la turbacion en que me hallo...

Roberto. Bien está: fio en vuestra palabra... y os doy ocho dias para que os sereneis. Dentro de ocho dias, en el castillo de Ronquerolles... alli concluiremos este negocio.

Marques. No faltaré. (*Se va.*)

ESCENA XVII.

ROBERTO.

Uf! la batalla ha sido reñida...! pero la buena causa ha triunfado! — Se han rendido á discrecion... tengo á los tres en mi poder... y dentro de ocho dias un documento en forma restituirá todos sus derechos á la baronesa de Ronquerolles. (*Dejándose caer en el safá.*) Ha vuelto al mundo el diablo predicador!

ESCENA XVIII.

ROBERTO. MARÍA. VALENTIN.

Maria. Me he perdido, Valentin, en medio de ese gentío... y no encuentro á mi madre...!

Valentin. Yo la encontraré... quedaos aqui con el señor Roberto... no podeis escoger mejor protector. (*Se va.*)

ESCENA XIX.

MARÍA. ROBERTO.

Roberto. (*Viendo á Maria que se ha quedado inmóvil.*) Quién será ese dominó azul que me está mirando?

Maria. (*Aparte.*) Valor...! Yo haré que no me conozca!

Roberto. Si no me engaño es una de las dos que estuvieron antes aqui... Sí, sí, no hay duda... Pues señor, despues del trabajo á divertirse! (*Acercándose.*) Linda mascarita, te conozco.

Maria. De veras...? Estais seguro de ello...? Quien os conoce á vos, soy yo!

Roberto. Permíteme que lo dude... Qué linda mano...! y cómo tiemblas...! te causo miedo?

Maria. No.

Roberto. Y lo contrario?

Maria. No he dicho tanto! Pero soltadme...

Roberto. Es que no quiero que te escapes.

Maria. No: yo he venido aqui á veros de intento, y no me iré tan pronto.

Roberto. (*Tomándola del brazo y paseando con ella.*) Me alegro...! Y dime, tienes quizá la presuncion de creer que vas á embromarme?

Maria. Y por qué no?

Roberto. Porque á mí nadie me embroma... soy yo quien embroma á los demas.

Maria. Lo veremos.—Decidme, qué tal os ha ido esta noche?

Roberto. Sería muy descontentadizo si me quejara... sobre todo en este momento.

Maria. Dejaos de galanterías... No os hablo de encuentros casuales, sino del verdadero objeto de vuestra venida á este baile.

Roberto. El objeto ha sido divertirme...

Maria. Haciendo una buena obra.

Roberto. Qué...? qué...? (*Aparte.*) Vamos... lo ha dicho por casualidad!

Maria. No respondeis?

Roberto. Sí... la noche ha empezado bien... y en tí consiste que acabe mejor.

Maria. De veras, señor Roberto?

Roberto. Calla...! sabes mi nombre...! — Es verdad que antes le dije yo mismo aqui...

Maria. No estaba yo delante.

Roberto. (*Observándola.*) Será cosa de que nos conozcamos los dos?

Maria. Puede!

Roberto. Veamos: quieres que adivine quién eres?

Maria. Es imposible.

Roberto. Apostamos algo?

Maria. Cuidado...! que si una vez dais un golpe en vago... á Dios prestigio!

Roberto. Este metal de voz...! yo tengo una idea confusa...! Esta linda mano, ese precioso pié, este talle elegante, esas miradas... yo conozco todo esto...! Todo ello lo he visto ya... separadamente... en una el pié, en otra los ojos, y hallarlo aqui reunido en tí...!

Maria. Os hace titubear...?
Roberto. Sí... te lo confieso.
Maria. Aun pudiera confundiros mas diciéndoos vuestras buenas prendas... y vuestros defectos.
Roberto. Veamos... ten indulgencia!
Maria. Sois valiente, leal, generoso...
Roberto. Punto y coma; pero...
Maria. Pero... como nadie es perfecto... el cielo os ha hecho voluble y engañador.
Roberto. Voluble, no! Engañador... segun. Te he engañado á tí alguna vez, mascarita?
Maria. Sí.
Roberto. Cómo...? habré tenido tanta dicha...? digo, tanta infamia?
Maria. Yo os juzgaba constante; pero he conocido el error. Ay! sé yo tantas cosas...! tantas...!
Roberto. Pues qué te detiene? Habla, vida mia!
Maria. (*Aparte.*) Me llama su vida... y cree que es otra! — Ya que os empeñais... (*Aparte.*) y que no está aqui mi madre...! — Os acordais de Susana?
Roberto. Poca cosa!
Maria. Y de Julia!
Roberto. Huy...! qué antigüedad...!
Maria. Alguna de ellas os dió esa sortija?
Roberto. No: esta sortija no tiene misterio ninguno.
Maria. Probádmelo.
Roberto. Cómo?
Maria. Dándomela.
Roberto. Con mucho gusto. (*Se la da.*)
Maria. Pero esto no impide que continúe relatándoos la historia de vuestros amores. Pues señor, despues de las susodichas, vino Elisa... despues Cecilia... despues Hortensia...
Roberto. Demonio...! es mi historia, capítulo por capítulo!
Maria. (*Remedándole.*) A mí nadie me embroma... soy yo quien embroma á los demas. — Eh? qué tal...? ya estais todo confuso!
Roberto. Has venido á hacer conmigo lo que yo he hecho con el marques, con el vizconde, con la condesa... con todos los del baile... Te rindo el cetro... me has vencido... tú eres el diablo!
Maria. Bueno...! antes su vida... ahora el diablo... Corrien-

te, admito ese título... y como el diablo puede dar alguna vez un buen consejo, os diré: acordaos del pacto que habeis hecho con la pobre María... y cuando seais su esposo, no la engañeis.

Roberto. Yo estoy confuso... trastornado! Oh! es indispensable que yo sepa...

Maria. Tranquilizaos... no temais que os descubra... Conozco que necesitais de toda vuestra serenidad y vuestro valor...

Roberto. De mi valor... en un baile?

Maria. Sí, porque temo que os hayais hecho esta noche muchos enemigos... En el salon he oido algunas espresiones que me han asustado... Algo estan tramando contra vos!

Roberto. Contra mí?

Maria. Sí; y si quereis creerme, no aguardeis á que se acabe el baile... marchaos antes.

Roberto. Yo! marcharme estando á tu lado? Disparate! — Con una palabra puedo hacerlos que besen el polvo...! No, hija mia...! lejos de tener yo que temblar... si necesitas un protector, no puedes hallar aqui otro mas poderoso que yo.

Maria. Me defenderíais?

Roberto. Oh! hasta la muerte...! te lo juro! — (*Aparte.*) Yo he de saber quién es!

ESCENA XX.

DICHOS. — LA BARONESA.

Baronesa. (*Aparte á Maria y asustada.*) María...! María..!

Maria. Todo va bien, madre...! todo va bien...!

Baronesa. Aqui tengo ya el retrato de tu padre... pero temo que me hayan visto... vámonos pronto del baile...

Rapiniere. (*Dentro.*) Que se guarden las puertas...! que nadie salga de aqui!

Baronesa y *Maria.* Gran Dios!

Roberto. Qué significa eso...? Si será por mí esa orden?

ESCENA XXI.

DICHOS. LA RAPINIERE. EL MARQUES. EL CONDE. MÁSCARAS.

Los máscaras. (*Con murmullo y ademanes de sorpresa.*) Un robo...! un robo...!
Marques. Cómo es eso! un robo?
Rapiniere. Sí, marques. Una muger disfrazada se ha introducido en el gabinete... y la han visto tomar el retrato guarnecido de diamantes que estaba colgado encima de la chimenea.

ESCENA XXII.

DICHOS. LA CONDESA.

Condesa. Es cierto vizconde... han tomado el retrato; pero han dejado el cerco de diamantes... aqui está.
Rapiniere. (*Tomándolo y guardándoselo en el bolsillo.*) Hola!
Cernin. Qué singularidad...! Pero no importa; siempre es un robo... y no es posible que haya sido ninguno de los convidados...
Marques. Pues, si acaso se han introducido aqui gentes sospechosas, no tardaremos en saberlo. (*Señalando el reloj.*) Señores, es la hora de quitarse la máscara... son las doce. (*Todos se quitan la máscara. —Movimiento.*)
Cernin. (*Yendo á hablar á diversas señoras.*) Qué lindas caras...!
Marques. (*A la baronesa y á Maria, que conservan la máscara.*) Señoras... espero...
Maria. Ay! madre!
Baronesa. Qué contratiempo!
Cernin. Hola...! hay dos recalcitrantes!
Rapiniere. Eso no es tolerable... la ley es igual para todos!
Todos. Sí... sí... fuera máscara...! fuera máscara...!
Maria. (*Asustada, trayendo á su madre á la izquierda, al lado de Roberto.*) Ah! señor...! defendedme!
Roberto. (*Poniéndose delante de ellas.*) Nada temais, señoras... estais en casa del marques de Loria, el cual no consentirá en ella un lance escandaloso.
Marques. Caballero, yo necesito aclarar mis sospechas acerca de un robo que se ha cometido.

Roberto. Un robo...? Si no he oido mal, se han contentado con tomar una miniatura, dejando el cerco de diamantes... y eso se ve que no es un robo... sino un caso de amor... un misterio afectuoso, que ningun hombre delicado debe apurar... sobre todo, en público...

Cernin. Y quién os mete á vos...?

Todos. Es verdad...! quién le mete...?

Roberto. (*Deteniendo al conde.*) Alto ahí! caballero... Yo me he declarado protector de estas damas, y delante de mí nadie ha de ofenderlas! — Ellas ignoraban la condicion impuesta de quitarse la máscara... y no obedecerán á una orden intimada en términos tan groseros!

Cernin. Eso lo veremos!

Roberto. Lo vereis!

Marques. Pero, advertid...

Roberto. Advertid vos, señor marques, que yo respondo de estas señoras.

Cernin. Buen fiador...! Y quién sois vos?

Roberto. Quién soy yo...? Preguntádselo á la condesa... preguntádselo al marques... al vizconde... á esas damas... á esos señores... Yo soy el diablo...! y estaré dentro de ocho dias en el castillo de Ronquerolles... Al buen entendedor...! (*Llamando.*) Valentin...! (*A la baronesa y á Maria.*) Seguid á este hombre, señoras. — Yo guardaré esta puerta... y juro á Dios que ninguno de los presentes os seguirá!

(*A una señal de Roberto la baronesa y Maria se van por la puerta de la izquierda acompañadas de Valentin. Roberto se pone delante de la puerta. Los hombres vienen hácia él con ademanes amenazadores: las damas se retiran al fondo.*)

Cernin. Castiguemos á este insolente...!

Todos. Sí...! sí...!

Roberto. Qué es esto, señores...! Ciento contra uno...! Pues bien... no importa... El diablo no se asusta de nada... venid, si os atreveis!

(*Saca un par de pistolas y apunta : todos retroceden : las damas dan gritos. Cae el telon.*)



Acto tercero.

El teatro representa una sala gótica del castillo de Ronquerolles. En segundo término, dos puertas laterales. En el fondo un escudo de armas de relieve, á la altura de un hombre: y á cada lado una puerta. Mesa y muebles góticos.

ESCENA PRIMERA.

JUAN GAUTHIER, *sentado en un sillon, al pié del escudo, y dormido;* MARÍA, *sentada junto á la mesa, á la izquierda;* LA BARONESA, *apoyada en el respaldo de otra y mirando á Juan Gauthier.*

Baronesa. Pobre Juan...! siempre haciéndonos compañía...! pero el sueño le ha rendido! — Hija mia... tengamos ánimo y paciencia!

Maria. Ocho dias hace ya que hemos vuelto de París... y no tenemos la menor noticia...!

Baronesa. Y hoy espira el mes que nos dió de plazo Roberto... te acuerdas...? "Si dentro de un mes no estoy de vuelta, nos dijo, podreis leer los papeles que os confio."

María. "Porque entonces, añadió, será señal de que me ha sucedido alguna desgracia, y no podré ya defenderos..." — Ay! madre...! bien os decia yo... quedémonos en París, hasta saber qué ha sido de nuestro generoso protector... Qué ocurriria en el baile...? Todos estaban furiosos contra él!

Baronesa. Yo temia que me descubriesen... y sobre todo que me quitasen el retrato de tu padre... En fin, si dentro

de unos dias no ha vuelto Roberto... seguíremos nuestro plan... marcharemos á Alemania.

Maria. Marchar...! marchar sin volverle á ver!

Baronesa. Mañana, segun lo convenido, podremos ya leer las famosas *Memorias del Diablo*... que, si he de decir lo que creo, no son otra cosa que una fábula inventada por Roberto, para dar un carácter fantástico á esa mision que dice le ha sido encomendada.

Maria. Dios mio...! es ilusion...! Madre...!

Baronesa. Qué es eso...?

Maria. Oigo la voz de Valentin!

Baronesa. Sí...! él es...!

Maria. (*Con gozo.*) Ah...! Roberto viene sin duda con él!

ESCENA II.

DICHOS. VALENTIN.

Baronesa. Mi buen Valentin...! tú por aqui...!

Valentin. Sí, señora, yo soy...! á la orden, señorita María.

Maria. Qué pálido y triste vienes...! Y el señor Roberto?

Valentin. (*Suspirando.*) Ay...!

Baronesa. Qué es eso?

Maria. Por Dios...! que no sea ninguna desgracia! — No respondes...? Ah...!

Baronesa. No te aflijas, María!

Valentin. Es verdad, señorita... no os aflijais... porque al cabo... cuando está de Dios... Y todavía, lo que es de positivo... — Vereis lo que ha pasado: ya visteis como, sin conoceros, tomó vuestra defensa en el baile... Yo os acompañé hasta el coche... y sin descubrir quién erais, segun me lo habiais encargado, volví á buscar al señor Roberto, que se habia plantado con arrogancia delante de la puerta por donde habiais escapado.

Baronesa y *Maria.* Y luego...?

Valentin. El baile se deshizo... Despues de una escena semejante, nadie quiso volver á bailar... Y el señor Roberto, al marcharse recibió lo menos diez recados de desafio.

Mària. Ah, eso es lo que yo temia!

Valentin. Todos los aceptó... riendo, como tiene de costumbre; y luego me dijo: "Valentin, vé á esperarme á casa: sino parezco por allá, marcha al castillo de Ronquero-

lles, y di á la señora baronesa, y á su hija, que ya pueden enterarse de las *Memorias* que les dejé: en ellas hallarán el secreto de esta empresa." Me apretó la mano, y echó á andar... tan alegre, como si fuera á una partida de caza. Yo... le esperé... pero el buen señor no volvió á parecer!

Maria. Dios mio!

Baronesa. (*Sosteniendo á su hija.*) María! María...! Ah! le ama... bien me lo figuré!

Maria. Madre...!

Baronesa. Vamos, hija mia...! no añadas nuevas amarguras á nuestra situacion!

Maria. Madre...! ya no nos queda esperanza... (*Aparte.*) ni á mí felicidad!

(*Se van acompañadas de Valentin. Este, asi que las deja á la puerta izquierda del fondo, se vuelve, y se encuentra cara á cara con Juan Gauthier, que ha despertado y está en pié.*)

ESCENA III.

JUAN. VALENTIN.

Valentin. (*Dando un grito de miedo.*) Ay!! — Vaya! si es el señor Juan... Siempre por aqui rondando... parece el duende del castillo. — Va bien, señor Juan?

Juan. (*Con tono franco.*) Sí.

Valentin. Otro diria: para serviros... y vos?; pero este...! — Ya me conoceis... soy de casa...

Juan. Sí.

Valentin. Y vos no teneis nada que hacer aqui.

Juan. (*Observándole.*) No. (*Se va lentamente, mirando varias veces atras: Valentin lo acompaña hasta la puerta derecha del fondo. — Viviana sale por la de la izquierda.*)

ESCENA IV.

VALENTIN. VIVIANA.

Viviana. (*Con una cajita.*) En la sala del escudo... aqui es.

Valentin. Qué es eso que traeis, señora Viviana?

Viviana. Una cajita, que el conserge me ha encargado pusiera en esta mesa.

Valentin. Y qué hay en la cajita?

Viviana. Las llaves del castillo, y la campanilla misteriosa... Y el buen conserge estaba pálido y temblaba al dármela.

Valentin. Qué cobarde!

Viviana. Amigo, á pesar de esa famosa historia, que siempre andais citando, el diablo de Ronquerolles no se presenta... Se conoce que no gusta de rozarse con gente baja, como nosotros; y solo se aparece al amo del castillo.

Valentin. Por supuesto...! al amo... en cuanto toca la campanilla... como el lacayo mas listo...! Tilin, tilin...! — Aqui estoy: y se aparece! — Solo de pensarlo me da un temblor...!

Viviana. Pues, Valentin... quereis que os hable francamente...?

Valentin. (*Mirando con susto al rededor.*) Sí... sí... habladme francamente... pero alto... alto!

Viviana. Pues... empiezo á creer que teneis razon...!

Valentin. Y yo tambien empiezo.

Viviana Y que hay aqui algo sobrenatural! — Ello, cosas raras deben haber pasado anoche... porque el conserge estaba todo asustado...

Valentin. (*Con misterio.*) Habrá visto algo...!

Viviana. Es muy capaz!

Valentin. Y puede que en esta sala...?

Viviana. (*Asustada.*) Eh...? en esta sala...? Creeis que... (*Aparte.*) Este hombre me ha pegado su miedo!

Valentin. No os asusteis...! á qué viene...? (*Aparte.*) Esta muger, con su noticia...! — A ver si me escurro...

Viviana. (*Aparte.*) Marchémonos de aqui...!

Valentin. (*Fingiendo oir algo.*) Creo que la señora me ha llamado!

Viviana. No... ha sido á mí!

Valentin. (*Mas asustado.*) Ay...! qué ruido es ese...?

Viviana. A los dos... á los dos nos llama...

Valentin. Sí... á los dos... vamos...!

Viviana. Vamos...! vamos...! (*Escapan, agarrados uno á otro, y con gestos de miedo.*)

ESCENA V.

LA RAPINIERE. JUAN GAUTHIER.

Rapiniere. (*Saliendo por la derecha del foro.*) Aqui escapan cuando yo llego...! Si me tomarán por algun ser... qué equivocacion! — Y lo peor es que estoy en ayunas! (*Viendo á Juan Gauthier, que le viene siguiendo.*) Aun estás por acá?

Juan. Sí.

Rapiniere. Márchate!

Juan. (*Con desconfianza.*) Sí! (*Se va por la puerta derecha del foro.*)

ESCENA VI.

LA RAPINIERE.

Qué cócora es el tal hombre...! siempre lo tiene uno encima! — Pues señor, el lance este es para trastornar la cabeza... Por fortuna el conde nos ha hecho el favor de despachar para el otro mundo á aquel diablo revoltoso... Ya está en los infiernos, y espero que no volverá mas...— Pero lo malo es que ha dejado sus *Memorias...* por vida de las *Memorias...!* Se ha hecho moda hasta en los infiernos...! todo el mundo escribe sus *Memorias...!* Y estas me obligan á ponerme en camino, á escondidas de mis parientes, á ver si huelo dónde páran... y borro hasta la última huella de esa condenada revelacion, que podria perderme...! oigo ruido...! ocultémonos. (*Se esconde tras de la puerta del costado derecho.*)

ESCENA VII.

LA RAPINIERE, *oculto.* LA CONDESA. JUAN GAUTHIER.

Condesa. (*A Juan.*) Aqui es donde el conserge me ha dicho que espere á la boronesa: la han avisado?

Juan. Sí.

Condesa. Tomad... para beber...

Juan. (*Rehusándolo con altivez, y yéndose por la puerta izquierda del foro.*) No!

Condesa. Qué introductor tan singular! — En fin; veré si

averiguo el paradero de ese documento, y puedo... Alguien viene...! observaré, antes de presentarme. (*Se esconde tras de la puerta del costado izquierdo.*)

ESCENA VIII.

LA RAPINIERE y LA CONDESA, *ocultos.*—EL MARQUES. JUAN GAUTHIER.

(*Juan sale por la puerta izquierda del foro, y va al encuentro del marques, que aparece por la de la derecha del mismo.*)

Marques. Buen hombre, es cierto que la ex-baronesa de Ronquerolles está todavía en el castillo?

Juan. (*Observándolo con mucha atencion.*) Sí.

Marques. Pues bien, id á decirla que un sugeto desea hablarla. (*Juan le mira, hace con la cabeza que no, y se marcha.*) Con que está aqui...! El diablo aquel del baile la habrá escrito que nos espere. (*Permanece en el fondo, de modo que los que estan escondidos no puedan verle cuando abran la puerta.*)

Rapiniere. Parece que no hay nadie... (*Asomándose.*)

Condesa. Me engañé, sin duda... (*Asomándose.*)

Marques. Hola... (*Baja, á tiempo que los dos salen: encuéntranse los tres.*)

Condesa. El vizconde...! el marques...!

Marques. La condesa...! el vizconde...!

Rapiniere. El marques...! la condesa...! Qué encuentro...!

Condesa. Singular...!

Marques. Inesperado...!

Rapiniere. Cómo es que habeis venido aquí, sin decir nada?

Condesa. (*Al marques.*) Y tú?

Marques. (*Al vizconde.*) Y tú?

Rapiniere. Yo... porque... como el castillo de Ronquerolles nos pertenece...

Marques. Ya...! qué tiene de estraño que venga uno á tomar posesion...?

Condesa. De veras...? Es ese el motivo...?

Rapiniere. Pues qué...?

Condesa. Vaya... entre primos... debe haber franqueza. He-

mos venido aqui los tres, porque el jóven del baile... el diablo nos ha citado.

Rapiniere. Sí... pero como ha muerto...

Condesa. Ha muerto, es verdad... pero existen las huellas de ciertos secretos...

Marques. Por desgracia...!

Rapiniere. Por desgracia...!

Condesa. (*Al vizconde.*) Con que es decir que tienes motivos para temer las tales *Memorias?*

Rapiniere. (*Al marques.*) Y tú?

Marques. (*A la condesa.*) Y tú?

Rapiniere. Que los haya, ó que no los haya, es preciso hacerlas desaparecer.

Condesa. Pero quién las tiene?

Marques. La baronesa, sin duda.

Rapiniere. Y ya sabeis que ha vuelto á instalarse en el castillo?

Condesa. Sí... y ya he hecho que la avisen que hay aqui una señora que desea verla.

Rapiniere. Pues ya no tardará... Y qué haremos?

Condesa. Esperarla, y capitular con ella, en términos decorosos para todos.

Marques. Sí... poniendo por condicion que se han de quemar las *Memorias*, sin leerlas.

Condesa. Esa es mi opinion.

Rapiniere. Oh...! eso lo primero...! oigo ruido... ella será... estemos alerta!

ESCENA IX.

EL MARQUES. LA BARONESA. EL VIZCONDE. LA CONDESA.

Baronesa. Cielos!

Rapiniere. Perdonad, señora, si os hemos molestado.

Baronesa. (*Aparte.*) Será esta visita obra de Roberto?

Rapiniere. Espero ser mas dichoso esta vez que la última que nos vimos en la granja de Viviana... Entonces no pudimos arreglarnos... Reclamábais, segun creo, un retrato...?

Baronesa. Sí, señor.

Rapiniere. Pues, señora... ya será dificil entregároslo...

Marques. No porque no lo deseamos de todas veras... sino porque... no está ya en nuestro poder.

Rapiniere. Una fatal casualidad... nos lo han robado...
Condesa. Podeis creerlo... es la pura verdad !
Baronesa. Sí... creo, en efecto, que el retrato no está ya en vuestro poder.
Rapiniere. Fué una aventura... que por otra parte tuvo un resultado feliz... á lo menos para nosotros... porque nos libertó de un intrigante... un tal Roberto...
Baronesa. Señor vizconde, permitid que no participe de vuestra opinion acerca de ese jóven.
Marques. (*Con prontitud.*) Le conociais?
Baronesa. Le he visto.
Rapiniere. (*Aparte á la condesa.*) Ella tiene las *Memorias* !
Condesa. (*Aparte.*) Yo tiemblo!
Marques. El tal Roberto era un charlatan... no es cierto?
Rapiniere. Que quizá os ofreceria hacer que se os devolvieran los bienes que habeis perdido en última instancia... y se ha burlado de vos !
Baronesa. Quién os ha dicho semejante cosa?
Rapiniere. Hay muchos embaucadores de su calaña...! pero por fin, nos hemos librado de él... ya ha muerto!
Baronesa. Ha muerto!
Marques. Sí... en un desafio.
Condesa. Sí señora... podeis creerlo!
Baronesa. Cielos...!
Rapiniere. Y sabeis cuál era la táctica del tal señorito? — Habia inventado yo no sé qué cuentos acerca de nosotros...
Baronesa. (*Con desprecio.*) Cuentos...!
Rapiniere. (*Aparte.*) Ella las tiene!
Condesa. (*Aparte.*) Creo que sí !
Marques. Y en París abundan los intrigantes... los ociosos... que recogen cuanto se inventa... y lo repiten... y lo aumentan... valiéndose de esas armas, para sacar partido de los apocados y pusilánimes.
Baronesa. (*Mirándolos.*) Esas calumnias las desprecia el que tiene la conciencia limpia!
Marques. Eso es lo que hemos hecho, mientras ha vivido ese señor Roberto.
Rapiniere. (*Aparte.*) Voy creyendo que no las tiene!
Marques. Pero ya que ha muerto, queremos portarnos de otro modo con vos.

Rapiniere. Y no se dirá que es por miedo que tengamos de esas supuestas *Memorias*...

Baronesa. Supuestas...! Las tengo yo, señor vizconde!

Los tres. Ah!

Baronesa. Pero cumpliendo la palabra que di á Roberto, no las he leido todavía.

Rapiniere. Y ahora, las quemareis?

Baronesa. La muerte de ese jóven me impone otro deber. Tengo que examinar si entre esos papeles encuentro alguno que...

Rapiniere. Algun título...? algun documento...? Pues decid, si existiera, no lo hubiera presentado Roberto á los tribunales?

Baronesa. (*Aparte.*) Tiene razon!

Marques. Creedme, señora... en esas Memorias no hay mas que cuentos... chismes... armas indignas de vos!

Condesa. Que pueden perjudicarnos... sin serviros á vos de nada!

Marques. Sí, sí... debeis quemarlas!

Rapiniere. Y tampoco queremos que sea gratuitamente. En cambio os ofrecemos...

Baronesa. (*Con desprecio.*) Alguna indemnizacion...?

Rapiniere. Algo mejor que eso!

Baronesa. El qué?

Rapiniere. Os permitiremos llevar el título de baronesa de Ronquerolles.

Baronesa. Cielos...! mi hija llevará el nombre de su padre!

Rapiniere. Me parece que eso vale algo mas que unos miserables papelotes...

Baronesa. Bien...! si esas *Memorias* no contienen ningun documento legal que me favorezca...

Marques. Os habeis empeñado en leerlas...?

Baronesa. Tranquilizaos... las leeré yo sola.

Rapiniere. Pero para qué...?

Baronesa. Estoy resuelta!

Rapiniere. Corriente. — Y nos dareis una respuesta definitiva...

Baronesa. En mi habitacion... dentro de una hora.

Rapiniere. Convenidos. (*Los tres acompañan á la baronesa hasta la puerta izquierda del foro.*)

ESCENA X.

EL VIZCONDE. LA CONDESA. EL MARQUES.

Rapiniere. (*Con gozo.*) Ya sabia yo que capitularía á poca costa!

Condesa. Pobre baronesa!

Marques. A qué viene esa compasion ahora...? Alegrémonos!

Condesa. Pero es que ahora va á leer las *Memorias*, y descubrirá...

Rapiniere. Qué importa...! Ella se va á Alemania, contenta como una pascua con el título que la dejamos.

Marques. (*Contento.*) Y nosotros quedamos en paz, y con la herencia...! Qué magnífico castillo... qué adornos góticos...! Calla, calla...! y aqui está la campanilla misteriosa, cuyo sonido dicen que atrae al diablo de Ronquerolles... Si uno creyera en brujas...!

Rapiniere. (*Riendo.*) Ja, ja...! qué paparrucha...!

Condesa. (*Riendo.*) Ja, ja...! qué simpleza...!

Marques. (*Riendo.*) Ja, ja...! veamos! (*Toca la campanilla: ábrese rápidamente la puerta derecha del foro, y aparece Roberto: todos se aterran.*)

Los tres. Cielos...!

ESCENA XI.

DICHOS. ROBERTO.

Roberto. (*Parándose á la puerta.*) Aqui estoy!—No llamais al diablo...? pues vedle aqui.

Marques. (*Cayendo en una silla.*) Él es...! somos perdidos!

Roberto. Ya veis que soy exacto á la cita.

Condesa. Aqui hay algo sobrenatural!

Rapiniere. (*En el fondo, temblando de miedo.*) Pues qué...! no os habian muerto?

Roberto. Creo que no.

Rapiniere. Pues el conde no os mató?

Roberto. Matar...! Olvidais quién soy yo? Al diablo no se le mata.

Condesa. Yo os confieso que me alegro en el alma de que ese desafio no haya tenido resultados funestos.

Roberto. Lo creo, señora. Pero vuestros primos son hom-

bres de otro temple... almas grandes, que no se afligian por la noticia de mi muerte. (*Dando en el hombro al vizconde.*) No es verdad, vizconde? (*Dando al marques.*) No es verdad, marques? (*Queda colocado entre los dos.*)

Rapiniere. Como podeis suponer, amigo mio...! En fin, puesto que, como ser sobrenatural, lo sabeis todo, ya sabreis que hemos venido aqui con intenciones...

Roberto. (*Yéndose hácia el foro.*) Miserables...!

Rapiniere. Qué idea! Hemos venido á proponer una transaccion decorosa.

Roberto. (*Bajando entre la condesa y el vizconde.*) Ya estoy...! una transaccion decorosa...? No, señores, nada de transaccion! La herencia entera! Las *Memorias del Diablo* se compran á ese precio... y si no quereis, yo conozco mas de un editor que las pagará mas caras. Ea pues, no me andeis regateando el precio de vuestro honor!

Marques. Es verdad, acabemos. Dónde estan esas *Memorias*?

Roberto. Aqui: id pues á estender el acta en que reconoceis los derechos de la baronesa: os doy una hora.

Rapiniere. (*Aparte al marques.*) Aun podemos salvarnos...! vamos al cuarto de la baronesa, antes que él la vea... ella no sabe que este hombre vive y está aqui...

Marques. (*Aparte al vizconde.*) Entiendo la idea...! vamos!

Roberto. No os detengais.

ESCENA XII.

ROBERTO.

Qué tal...! si el conde acierta á matarme, la hacemos buena...! Los pícaros no han perdido tiempo... hubieran intimidado á la baronesa... Felizmente estoy yo aqui, y he hecho ya que avisen á María... quiero verla primero...

ESCENA XIII.

MARÍA. ROBERTO.

Maria. Roberto...!

Roberto. María!

Maria. Es esto un sueño...?

Roberto. Pues qué! habeis dudado que volveria?

Maria. Pero decidme... ese desafio... esos peligros á que os habeis espuesto... por mi madre y por mí...

Roberto. Cuando se sale del apuro con un ligero arañazo...

Maria. Habeis sido herido?

Roberto. No fué nada. El conde de Cernin, que estaba alegre, segun acostumbra, me creyó muerto... y fué dando la noticia. Me llevaron á un hospital... y á los tres dias pude ponerme en camino. Ya he llegado, y voy á dar cima á la grande empresa.

Maria. Con que habeis salido bien...?

Roberto. Mejor aun de lo que esperaba.

Maria. Siempre lo creí. (*Con rubor.*) Y venís á pedir la recompensa.

Roberto. (*Tomándola la mano.*) Ah! María...! es temor...?

Maria. Quizá habreis mudado de pensamiento... sois tan voluble!

Roberto. Yo?

Maria. Y París tiene tantos atractivos...! En el baile del marques de Loria habia mugeres tan hermosas... y vos estabais alli... tan solícito... tan galante...!

Roberto. Quién os ha contado...?

Maria. (*Con malicia.*) Valentin... Y aquella conversacion de mas de una hora que tuvisteis con una máscara...?

Roberto. Calla...! pues...

Maria. Valentin... Valentin... No habeis de ser vos solamente quien sepa los secretos de todos! Alli os encontrásteis con... con un duende que os refirió la historia de vuestros amores... y os aconsejó que amarais mucho á María.

Roberto. Qué sospecha...! sería posible...? (*La toma la mano.*) Y este anillo...

Maria. Me le ha dado un caballero muy galante...

Roberto. Erais vos, María...?

Maria. Ya veis que puede haber quien sea tan diablo como vos... y esté al mismo tiempo en París y en Ronquerolles.

Roberto. No hay duda...! sí... aquellas dos damas que yo defendí...

Maria. Eramos mi madre y yo.

Roberto. Ahora caigo... y el retrato que quitaron fué... Pe-

ro decidme, todo aquello que me contásteis, de dónde lo habeis sabido.

María. De las *Memorias del Diablo.*

Roberto. (*En tono de queja.*) Con que las habeis leido?

María. No... solamente dos páginas pequeñitas...! Yo no sé cómo fué... dándole vueltas y mas vueltas al manuscrito... habia dos hojitas que no estaban muy bien cosidas... se desprendieron... yo vi en ellas vuestro nombre... Sí, era el último capítulo, titulado: *Roberto...* y ya se ve... la curiosidad... Como se trataba de vuestro nombre... que ya tiene algo que ver conmigo... las acabé de sacar... las leí... y aqui estan. (*Se las da.*)

Roberto. Ahora comprendo las bromas que me disteis... El bribon del diablo no perdonaba á nadie en sus *Memorias.*

María. Os ha enfadado mucho esta indiscrecion?

Roberto. Yo enfadarme con vos...! cuando esa curiosidad me prueba el interes que teneis por mí!

María. Pero cuánto va á ser el gozo de mi madre!

Roberto. Id á verla, María; en este instante acaso estarán sus parientes pidiéndola perdon.

María. (*Asustada.*) Han venido?

Roberto. Tranquilizaos; de tigres que eran, yo los he convertido en corderos. El sonido de esa campanilla ha bastado para reducirlos.

María. Todo en vos es misterio, Roberto! Pues qué poder tiene esa campanilla?

Roberto. Muchísimo...! puesto que en vuestras manos puede asegurar mi felicidad.

María. Qué quereis decir?

Roberto. María...! Yo os conozco hace mucho tiempo... y hace mucho tiempo que os amo! Pero vos nunca habeis reparado en mí... no sabeis quién soy... Cómo puedo lisonjearme con la esperanza de haberos inspirado un amor, sin el cual, os lo juro...! vuestra mano no me haria feliz? No, María...! á mí me basta haberos restituido el honor, y me retiro contento...! Pero... si este celo, si este interes que os he manifestado labran alguna vez en vuestro corazon ese cariño que sería mi gloria... entonces, como quizá el pudor no permita á vuestro labio que lo confiese... sirva esta campanilla misteriosa de intérprete... dicen que á su sonido aparece el diablo... pues hacedla sonar, y me vereis á vuestros pies!

María. (*Aparte con amor.*) Ah...! suceda lo que quiera, no olvidaré la señal! (*Se va por la puerta izquierda del foro.*)

ESCENA XIV.

ROBERTO.

Ah! voy á tocar al término de mis deseos! — Pero veamos... veamos lo que dicen estas páginas... á ver si el diablo, mi maestro, ha hecho de mí un retrato capaz de dar á María mala opinion de su novio. (*Lee.*) "Despues de pensarlo mucho, he puesto los ojos en Roberto para depositar en él mi confianza: es muchacho de talento."— Esto no me puede perjudicar. "Tiene osadía, perseverancia... no es jugador, ni disipado... él hará fortuna." — Hasta aqui... aunque la hubiera dictado yo mismo...! — "Solo le conozco un defecto..." — Ay! ay! ay! — "Defecto propio de la edad. Julia le hizo olvidar á Susana... Hortensia le hizo olvidar á Elisa... pero el matrimonio calmará esa cabeza volcánica." — Aqui veo la historia que me repetia María en el baile. — "Si no puedo yo ir en persona al castillo de Ronquerolles, presentarme á la baronesa, que no me conoce, y proponerla el pacto que medito, encargaré á Roberto esta delicada comision." — Hola! el diablo queria cargar con la herencia, y me elegía á mí por instrumento de semejante infamia... gracias, maestro! — "Roberto se presentará al albañil Juan Gauthier..." — Ah! sí... ese idiota. — "y le dirá las tres palabras misteriosas, convenidas entre él y el difunto baron, que me las confió antes de marchar á la campaña de 1815, y Juan Gauthier, por señas de esas tres palabras..." — Tres palabras...? Cuáles serán...? y yo no las sé...! El diablo se murió sin decirmelas... sin escribirlas... Pero no importa! Con las *Memorias* tengo bastante para hacer que los parientes cedan.

ESCENA XV.

ROBERTO. MARÍA. LA BARONESA. VIVIANA.

(*Salen apresurados: la baronesa, sofocada por el dolor, se deja caer en una silla.*)

Baronesa. Quemadas...! quemadas...!

Roberto. Cómo! Señora... los papeles que os confié...

Baronesa. Habia empezado á leerlos, Roberto... cuando el vizconde, llegándose repentinamente por detras...

Roberto. Gran Dios!

Maria. Las echó al fuego... y ya no hay mas que cenizas...!

Roberto. Infame!

Viviana. Vamos, señora...! un poco de valor...!

Maria. Ya no hay recurso, madre...! tenemos que marchar...!

Roberto. (*Mirando las páginas que le dió María.*) Marchar...! no... todavía no... aun me queda una esperanza... Viviana! — (*La habla en secreto.*)

Viviana. Por abajo anda... rondando el castillo.

Roberto. Id pronto!

Viviana. (*Yéndose apresurada.*) Voy, señor Roberto.

Maria. (*A la baronesa.*) Qué irá á hacer ahora?

Roberto. María, esa indiscrecion que cometísteis... fué quizá una inspiracion del cielo!

Baronesa. (*Levantándose.*) Cómo?

Roberto. (*Para sí, examinando las páginas.*) Sí...! es claro... aqui hay un misterio que nadie posee mas que ese hombre... — Decidme, señora, de los datos que yo tengo resulta que vuestro esposo hace cuatro años antes de salir con el emperador á su última campaña, vino á este castillo...?

Baronesa. Sí: vino á este castillo... pasó en él solamente veinte y cuatro horas... el objeto lo ignoro... Perdida la batalla de Waterloo, volvió á París...!

Maria. Alli nos esperaba... pero Dios mio! cuando llegamos...

Roberto. Ya lo sé... las fatigas... el pesar de aquella derrota... una muerte repentina no le dió tiempo para dejar disposicion ninguna... ni aun para escribiros. — Pero esa venida al castillo tuvo un objeto misterioso... y el hilo de ese misterio está aqui indicado... un hombre existe, á quien el baron confió su secreto, y ese hombre... (*Señalando á Juan Gauthier, que aparece.*) miradlo.

ESCENA XVI.

ROBERTO. LA BARONESA. MARÍA. JUAN GAUTHIER.

Maria. El idiota?

Roberto. El idiota! — Nombre, bienes, honor... todo depen-

de de él... de lo que quiera decir... Débil esperanza es la nuestra...! Pero probemos. — (*A Juan Gauthier, con tono afable.*) Amigo mio, soy yo quien te ha hecho llamar... sabes quién soy?

Juan. No.

Roberto. Roberto... un amigo de la casa... el agente... el defensor de la señora baronesa. — (*Juan mira á la baronesa.*)

Baronesa. (*Afirmando.*) Sí!

Roberto. Y tú...? tú eres Juan Gauthier, el albañil.

Juan. Sí.

Roberto. Hombre de bien.

Juan. Sí!

Roberto. Casado... con muchos hijos.

Juan. Sí.

Roberto. Y los mantienes con tu trabajo.

Juan. Sí.

Roberto. No te habrás olvidado de tu buen amo, el baron de Ronquerolles?

Juan. No!

Roberto. Le conociste muy mozo, antes que marchara al ejército, y le tenias mucho cariño.

Juan. Sí.

Roberto. Despues lo volviste á ver, hace cuatro años. Pasó una noche en este castillo.

Juan. Sí.

Roberto. Te confió un gran secreto?

Juan. (*Mirándole.*) Sí.

Roberto. Era, segun creo, cosa de dinero...? de papeles...? (*Aparte viendo que permanece inmóvil.*) No responde! — En fin, era un depósito que te dió á guardar.

Juan. No.

Roberto. A que lo llevases á alguno?

Juan. No.

Roberto. (*Aparte.*) Siendo albañil... — A esconder?

Juan. (*Con viveza.*) Sí.

Roberto. A tabicar?

Juan. Sí!

Roberto. En una cueva?

Juan. (*Bajando los ojos.*) No.

Roberto. En una alacena?

Juan. No.

Roberto. (*Agitado.*) Escucha... escucha...! El baron te dijo: Juan, toma tus instrumentos; tú tomaste el martillo y el yeso, y te llevó... á qué parte del castillo...? de eso no me acuerdo bien... Ayúdame...!

Juan. No.

Roberto. (*Impaciente.*) Ya sé que el baron te encargó que no confiases el secreto á nadie mas que al que te dijera tres palabras convenidas entre él y tú.

Juan. (*Sorprendido.*) Sí.

Roberto. Esas tres palabras... yo las sabia... pero se me han olvidado... El baron me las dijo para que te las repitiera... pero ya sabes que ha muerto?

Juan. (*Con dolor.*) Sí!

Roberto. Todo lo que poseía pertenece ahora á su viuda, y á su hija.

Juan. Sí.

Roberto. Y por consiguiente, tambien ese tesoro oculto... Tú debes pues entregárselo... Mira... ellas te lo piden... te lo suplican...!

Baronesa y *María.* Sí, Juan, sí...!

Juan. (*Despues de mirarlas á entrambas.*) No! (*Se aparta á un lado y llora.*)

Roberto. (*Alejándose desesperado.*) Ah! de qué vale la probidad sin inteligencia! —(*Despues de una pausa, toma ánimos y vuelve á la carga.*) Con que dime, puesto que no queda nadie en el mundo que pueda decirte las tres palabras, el depósito quedará eternamente sepultado? —(*Juan Gauthier hace un gesto afirmativo.*) Y dejarás que tus amas se marchen de aqui, pobres, tristes, deshonradas... pudiendo tú volverlas su nombre, sus bienes, su honor?

Juan. (*Llorando.*) Sí!

Roberto. Y sabes que semejante conducta podria dar lugar á una sospecha? Ese empeño de no descubrir el sitio donde está escondido ese tesoro, no puede ser porque quieres apropiártelo...? porque lo has robado?

Juan. (*Con altivez.*) No!

Roberto. De nada sirve que lo niegues...! Nos presentaremos á los tribunales, y el procurador del rey te obligará á descubrirlo.

Juan. No!

Roberto. Asi pues, nada te asusta?

Juan. No.

Roberto. Nada te ablanda?

Juan. No...! no...! no...! (*Se va desesperado.*)

Roberto. No hay remedio! (*A la baronesa.*) Señora...! ahora podemos decir que todo se ha perdido! (*Toma una silla y se sienta á la derecha, en el mayor abatimiento.*)

ESCENA XVII.

DICHOS. LA CONDESA.

Condesa. Baronesa... Roberto... vengo á probaros que no he sido cómplice de la infame accion que acaban de haceros... Aqui teneis un documento en que renuncio la parte de herencia que los tribunales me han adjudicado...

ESCENA XVIII.

DICHOS. EL VIZCONDE. EL MARQUES.

Rapiniere. Ea...! aqui venimos con ganas de terminar cuanto antes este negocio.

Marques. (*A la baronesa.*) Señora, los parientes del que vos llamabais vuestro esposo, no quieren dejaros en la miseria: aqui teneis un documento por el cual os señalamos una pension vitalicia de seis mil francos.

Baronesa. (*Acercándose al marques.*) Señor marques, esa limosna que quereis hacerme, la rehuso! Los tribunales han podido arruinarme... pero nadie tiene derecho de humillar á la baronesa de Ronquerolles!

Rapiniere. Eh...! si vos no lo habeis sido nunca!

Roberto. Miserable...! bien sabeis lo contrario!

Rapiniere. Eh...? (*Volviéndose.*) Ah...! sois vos, señor Roberto...? todavía estais aqui?

Roberto. Os desazona todavía mi presencia, señor vizconde?

Rapiniere. A mí...? qué disparate! Estraño solamente que todavía trateis de conservar esa prosopopeya, que ya de nada os sirve. (*Riendo.*) Eh, eh...! querido, las cosas han cambiado...! las famosas *Memorias del Diablo* han vuelto á sepultarse en los infiernos... Qué lástima! Ya no podeis venirnos con aquellos cuentos que inventabais con tanto chiste!

Roberto. (*Pasando entre el vizconde y el marques.*) Aun tengo armas con que combatir...! el amor que todo el pais profesa á esta noble familia... el interes que manifiestan cuantos la han servido... Por último, enseñaré estas hojas, desprendidas como por milagro de las *Memorias del Diablo*... No, no os asusteis todavía... tiempo queda! Estas hojas nada prueban... nada dicen contra vosotros... pero acreditan la existencia de las *Memorias*... Y me creerán, cuando diga que esas *Memorias* no eran otra cosa que la historia de vuestra vida... y la prueba de vuestros crímenes...! que esas pruebas estaban en poder de un viejo, depositario de vuestros secretos, que queria hacer uso de ellas para apropiarse esta herencia que vosotros codiciabais... Todo esto diré, señores... y me creerán, porque mis palabras llevarán el sello de la conviccion y la verdad... Me creerán cuando diga que esas terribles *Memorias* fueron redactadas por un hombre que os conocia á fondo... por vuestro notario en fin... (*Con un estremado acento de desprecio.*) Marcillac-el-honrado!

Juan. (*Que ha aparecido á la última frase de Roberto, y se coloca entre este y la baronesa.*) Sí... sí...! eso... eso es...! vos habeis dicho... el nombre... las tres palabras...!

Todos. (*Asombrados.*) Gran Dios!

Roberto. (*Haciendo á todos señas de que callen.*) Dejadle...! dejadle...! — Juan... ese nombre que yo acabo de pronunciar... (*Muy marcado.*) Marcillac-el-honrado...

Juan. Ah...! sí...! ese es...! Ah! mi amo os envia...! Ya puedo hablar...! mi amo, que está en el cielo... lo permite...! (*Cae de rodillas.*)

Roberto. Sí, amigo mio...! Y ahora dime... ese depósito... ese tesoro que antes te pedia...

Juan. A vos, señor Roberto... á vos solo...! vuestro es... vos habeis dicho las palabras... — (*Con mucha agitacion.*) Viviana...! un martillo...! un martillo...! (*Se va Viviana.*) Ay...! qué de angustias he pasado...! Cuando yo veía á mi pobre ama... y á mi pobre señorita...! Ah! perdonadme! perdonadme...! pero yo se lo habia jurado... y de aqui no saldria...! Yo tenia miedo de que me sonsacasen el secreto... y dije para mí: Juan Gauthier, á no hablar mas palabra...! solamente *sí* y *no*... Y me llamaban el idiota...! el lelo...! el bobo...! Sí, sí...! no era mal idiota...! yo queria ser hombre de bien, y cumplir mi palabra! —

(*Fuera de sí de gozo.*) Ese martillo...! ese martillo...! (*Viendo salir á Viviana.*) Ah... manos á la obra!

Rapiniere. Pero qué significa esto...?

Roberto. Ahora lo vereis! (*Juan se acerca al escudo del foro y da fuertes golpes en él.*)

Rapiniere. Qué es eso...! degradar nuestro castillo...! no permito...

Roberto. Dejadle...!

Juan. (*Levantando el martillo sobre la cabeza del vizconde, que se ha acercado.*) Atras! (*Redobla los golpes: el escudo cae en pedazos, y deja ver un hueco en la pared: Juan saca de él un rollo de pergamino.*)

Rapiniere. Un tesoro...! billetes del banco...! eso es de los herederos... eso es nuestro...!

Juan. No...! esto es del que ha dicho las tres palabras... yo no conozco á nadie mas! (*Dándole el rollo á Roberto.*) Dios mio...! qué gozo...! ya he cumplido mi juramento...! ahora... ahora (*Llorando.*) voy á ver á mi muger y á mis hijos... que hace cuatro años que no les hablo...! Ah...! (*Cayéndose de debilidad, causada por el gozo y la conmocion.*) Dios mio...! Nada...! no es nada...! la conmocion...! (*Todos acuden á sostenerlo.*)

Roberto. Señor vizconde... señor marques... (*Mirando los papeles.*) esto no pertenece á la herencia que los tribunales, por error, os han adjudicado. Esto no es oro... pero vale mas que el oro!

Marques. Pues qué es?

Roberto. La partida de matrimonio del baron de Ronquerolles!

Baronesa. Ah...! es posible...!

Roberto. Y este escrito, todo de su puño. — "Voy á entrar en campaña: si muero en ella, quizá mis parientes, aprovechando la circunstancia de haber desaparecido mi partida de casamiento en el incendio de la parroquia de Hanan, traten de desposeer á mi esposa: son capaces de ello! — Aqui dejo otro documento igual, que Juan Gauthier me ha jurado no entregar sino al que le diga tres palabras convenidas entre los dos. Estas tres palabras se las he confiado yo á mi notario de París, *Marcillac el honrado*, para que reclame la partida en caso necesario. Dios proteja al emperador, y salve á la Francia!" — Baronesa de Ronquerolles, tomad este precioso docu-

mento, que os restituye vuestros bienes, vuestro título, y vuestro honor! (*Al vizconde.*) Es, como si dijeramos, otro ejemplar de las *Memorias del Diablo;* y lo que se este, vizconde, no le quemareis... Juan Gauthier, hazle centinela!

Juan. Sí! (*Colócase con el martillo al lado del vizconde.*)

Rapiniere. Quieres dejarme...!

Juan. No!

Roberto. Ahora, señores, ya puedo deciros quién soy. Si habeís creido que era el diablo... no le habeis andado muy lejos... porque soy un pobre diablo de pasante de escribano...

Rapiniere. De la escribanía de Marcillac?

Roberto. Justamente! De Marcillac, de aquel hipócrita, que supo hacerse pasar por modelo de probidad, logrando que las gentes ofuscadas le apellidasen Marcillac-el-honrado! — Y ese Marcillac... (*Aparte al vizconde.*) fué quien recibió la carta y codicilo de vuestro amigo... el de las trufas!

Rapiniere. Bribon de viejo!

Roberto. (*Aparte al marques.*) Y á ese Marcillac tuvisteis la imprudencia de proporcionarle la clientela del general prusiano que trató con vos... y que vino á morir á París en 1814.

Marques. Fatalidad!

Roberto. (*Aparte á la condesa.*) Y ese Marcillac, señora, fué el encargado de suministrar la pension secreta...

Condesa. Por Dios...!

Roberto. Fiad de mí!

Rapiniere. Pues señor... me marcharé... despues de comer.

Marques. Y yo ahora mismo: nada tenemos ya que hacer aqui.

Roberto. Y yo con vosotros: mi tarea está concluida, y no quiero deslustrar el poco mérito que haya en lo que he hecho, reclamando un premio muy superior á todo servicio!

Maria. (*Aparte.*) Qué está diciendo!

Roberto. Señora... Alguna vez tuve la dicha... ó la desgracia, de ir á vuestra casa en París, con recados de Marcillac... vi á vuestra hija, y desde entonces la amo en secreto... Ni vos ni ella reparásteis en mí... oscuro y miserable! Pero cuando, á su muerte, me apoderé de las Me-

morias, con estas instrucciones que se han salvado, formé el proyecto que he llevado á cabo... y un rayo de esperanza vino á alentar este amor descabellado... Ah! no: os devuelvo la palabra que me dísteis... y perdonad que me haya atrevido á aspirar á una dicha... de que no me juzgo digno. El esplendor de la cuna y de las riquezas os rodea... Yo soy pobre... oscuro... y me retiro.

Baronesa. Cómo...! Roberto...! quereis sustraeros á nuestro cariño... á nuestra gratitud...?

Roberto. (*A María.*) Conservadme un lugar en vuestra memoria, y estoy pagado... A Dios...! A Dios...! (*Dirígese á la puerta. — María ha ido acercándose poco á poco á la mesa, y ha tomado con rubor la campanilla. Cuando Roberto va á poner el pié en el umbral de la puerta, ella, viendo que resueltamente se va, hace sonar la campanilla, la suelta, y se vuelve, cubriéndose el rostro ruborizada. Todos vuelven la cara al ruido: Roberto se detiene, y corre desalado á echarse á los pies de la baronesa.*)

Roberto. Ah! Señora...! madre mia...!

Baronesa. (*Levantándolo y echándolo en brazos de María, que se ha puesto tambien de rodillas á sus pies.*) Sí! me envanezco de llamarte hijo mio!

FIN DE LA COMEDIA.

lel rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar-
a Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
Guillermo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zar-
neros ultramarinos.*
el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Herna-
nor castellano —Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del ava-
lel regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo
n.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien —Hom-
—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre
Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Hon-
cho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija
Gil.
isaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Ga-
riga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la
—Ya murió Napoleon.
II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Vero-
en Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
de Carnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lón-
a fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio
uisa.—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos
Lanuza.—Luis y Luisito.
lan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—
á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
as vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
straordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
emorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
npleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
Mocedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
ujer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de es-
Maestro de baile.— Mancho, piso y quemo. — Mesa giratoria.— Martirios del cora-
s vale tarde que nunca.—Matrimonio civil.
o ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
nga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
or es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto —No hay vida mas que en Pa-
e de verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villalar.
cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
es de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de
Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pas-
rranza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo de
, 2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
Barcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
—Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por
no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primi-
cipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas
conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquista.—
ada.—Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.
ombre tan amable. —Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.
ete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
.—Ribera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
s.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
parte.—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
ginales.
-Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—
dama duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bo-
—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Sola-
prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—

Sotillo.—Soto.—Sotomayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, rásca vese el que pueda.—Soy yo, *zarzuela.*—Santiaguillo, *zarzuela.*—Sueños de amor.

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sa Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana. za de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tu vada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero ganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con a celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verda apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visio Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la cal

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo.- de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su pr Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á B Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tanta y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—U no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla e go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenológi no se qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un gallego y sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

OBRAS.

Fígaro: cuatro tomos en 8.° marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 14.
Poesías de **D. José Zorrilla:** se venden coleccionadas y por tomos.
—— de **D. José de Espronceda,** con su retrato y biografía: un tomo,
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
La Azucena silvestre por **D. José Zorrilla:** un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaron tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.°, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina.**
80 idem del **moderno español.**
40 idem de idem **estrangero.**

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, c Carretas.

Y en Provincias en las principales.